



diez dólares de papel

vic logan



SS

SERVICIO SECRETO



VIC LOGAN

DIEZ DÓLARES DE PAPEL

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.195
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES
CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

Depósito legal: B. 21.154-1973
ISBN 84-02-02513-7
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: julio, 1973

© VIC LOGAN - 1973
Texto

© DESILO -1973
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

El automóvil oficial, con su luz móvil, lanzaba destellos rojos continuamente, pero marchaba sin hacer funcionar la sirena.

Tomó la curva a gran velocidad, hasta detenerse frente al Galwey Park.

Allí esperaba un hombre joven, que vestía un discreto traje gris y sombrero de fieltro a lo Frank Sinatra.

Abrió rápidamente la puerta trasera del vehículo y tomó asiento.

Delante iban los dos policías uniformados, uno de los cuales conducía el vehículo.

Ninguno de los tres pronunció la menor palabra, ni siquiera para saludarse.

El auto dio un rodeo al parque solitario y enfiló la Free-Way por la que anduvo recorriendo cosa de tres kilómetros. Fue allí donde el joven al que recogieron los dos agentes despegó los labios para indicar al conductor:

—A la derecha.

—Sí, ya sé. —Se limitó a responder el chófer.

El de paisano consultó su reloj. Eran las doce y cinco minutos. Pasaban cinco minutos de la medianoche.

Durante tres minutos el automóvil recorrió la carretera secundaria que bordeaba una extensa zona verde.

Al final de la ruta había un cruce. Tomaron la senda de la izquierda donde podía leerse:

«Laboratorios Químicos Spellman, Bradford & Co. San
Eugenio»

San Eugenio, olía a mar por la proximidad de las playas del Sur, del gran Los Ángeles, prácticamente en la ruta de San Diego, ocupaba unos pocos acres de terreno, con algunos pequeños chalets,

mucha zona verde y la gran fábrica de Spellman y Bradford.

Era un sector prácticamente nuevo y bautizado desde hacía pocos años, coincidiendo con la construcción de la fábrica.

Algunos decían que al poblado le habían puesto el nombre de Eugene, porque así se llamaba Spellman. Y Eugene Spellman era un hombre influyente en todos los órdenes.

El auto oficial se detuvo frente a la puerta de barrotes metálicos que cerraba la entrada al inmenso patio que daba acceso a las distintas dependencias de la fábrica.

El joven de paisano saltó del coche y se aproximó a la puerta de barrotes. Se cogió a ellos y oteó el interior.

Todo estaba en silencio.

Al fondo, en el ala más cercana de uno de los cuerpos del edificio, podía verse la pequeña edificación del guarda nocturno. Había luz y alguien se movía dentro.

Bajó del auto el policía que estaba al lado del conductor y preguntó:

—¿Por qué no llamamos?

—Sería inútil. No abriría. Forma parte de los sistemas de seguridad —repuso el hombre de paisano y consultó su reloj. Pasaban once minutos de la medianoche, y añadió—: El coche-patrulla no tardará en llegar.

—¡Ahí viene! —exclamó el conductor viendo las luces del vehículo que se avecinaba por el lado opuesto al que habían llegado ellos.

El destello rojo de la luz piloto situada en el techo del auto era inconfundible.

El joven de paisano se aproximó al automóvil, del que inmediatamente se apeó un agente. La dotación era de dos, por lo que uno quedó al volante.

El agente recién llegado, echó una ojeada al otro vehículo y los que estaban allí, y frunciendo el entrecejo espetó:

—¿Qué ocurre? ¿Qué están haciendo aquí? Ésta es mi zona.

—¿Es usted el agente Grady? —preguntó el joven de paisano.

—Sí. Yo soy.

—Es lo que me dijeron en la Central.

—¿La Central? —inquirió perplejo el agente que había iniciado las preguntas.

El joven se presentó:

—Soy el capitán Stoll. —Y mostró su credencial.

—Hum —murmuró Grady—. ¿Qué pasa?

—No lo sabemos... aún.

—No entiendo.

—Ni yo. Iba camino de mi casa cuando me han llamado de la Central. He tenido que dejar mi coche para ir con esos agentes.

—¿Le han dicho que viniera a la fábrica Spellman? —siguió preguntando Grady rascándose el cuello por detrás de la gorra.

—Eso es. Me han dicho que si me daba prisa le encontraría a usted. Ahora hay que darse prisa. Llame al guarda. Un tal Fisher, ¿no?

—Sí, sí... Pero ¿para qué?

—Oiga, Grady. No perdamos tiempo. A mí no me conoce y es posible que no me abriera. Y aquí dentro puede estar ocurriendo algo.

—¡Demonio! ¿Algo? ¿No puede concretar más, capitán? Esto no es normal.

—Escuche, Grady, tengo órdenes de no dar demasiadas explicaciones a todo esto. Nada de publicidad, pero... puede estallar una bomba.

—¡Demonio! ¿Ha dicho una bomba?

—Sí, Grady, sí... Llame de una vez. Se trata de un anónimo. Es posible que nos hayan tomado el pelo, pero no podemos confiarlos. La seguridad de los contribuyentes descansa sobre nosotros. ¿No es así? Ya estamos siendo bastante criticados. ¡Vamos, Grady!

El agente asintió pensativo. Fue hacia el coche y regresó con un pequeño transmisor.

—Tenía que utilizarlo de todos modos. Pasamos cada hora y nos comunicamos con Fisher con esto para saber si todo va bien.

—Pues dígame que abra la puerta.

—Oiga, capitán... ¿Por qué no han mandado a los técnicos? Si hay un artefacto...

—Grady. ¿Cuánto tiempo lleva en el cuerpo? —inquirió el capitán adoptando un aire grave, profesional.

—Quince años, señor.

—No me extraña que no haya pasado de agente. Es usted muy lento en sus reflejos y esto no es bueno para un policía.

—Hum.

—Esos perturbados que ponen artefactos y ni siquiera piden rescate, con dementes, y los dementes dicen la verdad, sobre todo cuando se escudan a través de los hilos del teléfono... Nuestro demente ha dicho que la bomba estallaría a las tres de la madrugada, pero que primero temamos que encontrarla... si «estaba».

—O sea que no lo ha asegurado.

—Eso es. Pero si está, no le quepa duda de que estallarà a las tres. Mi deber es encontrarla, pero a este paso empiezo a dudarlo.

Grady ya no quiso oír más. Conectó el transmisor y habló a través de él. En cuanto escuchó la voz de Fisher que, desde su garita de cristal a prueba de balas, dijo:

—¿Eres tú, Grady? Todo va bien...

—Fisher. Acércate, por favor, y abre la puerta. Estoy con el capitán Stoll de la Central. Quiere hablar contigo.

Fisher dudó, quiso saber qué pasaba, pero la voz de Grady se hizo más conminativa.

—Por favor, Fisher, no hagas preguntas. Te digo que es urgente.

—Está bien. Iré... —repuso.

Fisher debía tener órdenes muy concretas respecto de abrir la puerta por la noche, incluso a la policía, porque cuando cerró el contacto del transmisor, habló a través de un intercomunicador para advertir a los otros dos guardas que efectuaban la ronda en el interior del recinto.

—Venid los dos a la cabina. No sé lo que ocurre, pero tengo que salir.

Se proveyó de un arma automática que se colocó en la parte posterior del pantalón y se aseguró que la que llevaba en la funda estaba en perfectas condiciones para ser usada. Sólo entonces abandonó su puesto y aún esperó a que se aproximaran los otros dos guardas.

—¿Qué pasa? —preguntó uno de ellos.

—No sé. Hay un capitán ahí fuera. Quieren que abra la puerta.

—¡Cuidado! Puede ser una trampa —le advirtió el otro.

—Grady está con él. Dice que es urgente.

—¿Vamos contigo?

—No, quedaros en la cabina. Si veis algo anormal, llamad donde

sabéis.

Y Fisher comenzó a andar en dirección a la puerta. Su lentitud para los agentes recién llegados resultaba desesperante. El capitán Stoll era el más sereno. Volvió al coche y pidió:

—Dame eso.

El conductor, un tanto nervioso, le entregó un maletín y enseguida que Grady lo vio quiso saber:

—¿Qué es esto?

—Un detector. ¿Quiere verlo? —Y antes de recibir contestación, Stoll abrió el maletín y dejó entrever un aparato electrónico de la Fulshan Mac Evoy. Cualquiera agente había podido ver aquella firma proveedora de la policía en muchos de los modernos aparatos.

Luego Stoll añadió:

—Cualquiera puede ser un técnico con esto. Sólo hacen falta unas cuantas nociones de estrategia... Para saber dónde un loco puede colocar un artefacto.

Fisher estaba ya al otro lado de los barrotes.

—¿Qué sucede? —inquirió mirando a los reunidos.

—El capitán... Stoll —murmuró el sargento.

—De la Central. Se ha recibido un anónimo. No sabemos qué hay de cierto en ello.

—¡Una bomba! —exclamó Grady sin poder contenerse—. El capitán lleva un detector.

—¿Eh? —Fisher no daba crédito a tal aseveración.

—Vamos, abra, y por favor, nada de comentarios. Después de la investigación emitiré un informe.

—Debo llamar al señor Crena. Tratándose de una cosa así.

—¿Quién es el señor Crena? —inquirió el capitán.

—El secretario del señor Spellman. Es el responsable. Bueno es quien cuida...

—No hay tiempo.

—Pero es que...

—Escuche, Fisher —interrumpió Stoll—. No quiero que esto se llene de gente, ¿me ha entendido? Tengo órdenes. Si no quiere abrir, allá usted, yo me largo a dormir. No estoy aquí por mi gusto. Haré un informe diciendo que se me ha negado la entrada. Usted ya no podrá contarle a nadie, porque si estalla la bomba...

Las palabras de Stoll hicieron mella en el guarda que, sin

embargo, dudó todavía.

—Pero... Yo tengo que dar cuenta, comprendan. Son las órdenes.

—Está bien, está bien. Llame a ese señor Crena. ¡Pero deprisa! No estoy dispuesto a perder toda la noche.

—Fisher... —empezó Grady—. El asunto puede ser serio.

—Déjelo, Grady. Al fin y al cabo él también debe cumplir con su deber. Afortunadamente aún nos queda tiempo... Al menos eso espero.

Fisher, el guarda, utilizó un teléfono situado en la cabina próxima a la entrada.

El capitán consultó el reloj y echó una ojeada al auto.

—Usted va a dar un rodeo. ¿Hay alguna otra entrada por ahí, Grady?

Grady asintió.

—Dos más. Una al sur, y la otra lateral. Ya hemos dado un rodeo nosotros.

—No estará de más asegurarse.

—Sí, capitán —repuso el conductor y acto seguido puso en marcha el vehículo.

—¿Entro con usted? —preguntó Grady dirigiéndose a Stoll.

—No. Ustedes quédense aquí. ¿Tienen otro cacharro como éstos? —Y señaló al transmisor.

—Sí, hay otro.

—Pues déjemelo. Si hay alguna emergencia le llamaré.

Fisher salió de la cabina bastante preocupado.

—La línea parece estar cortada. No es posible establecer comunicación.

—Pues usted decidirá lo que hacemos. Yo no tengo orden de derribar la puerta.

—Tal vez desde la cabina... Bueno, me hago cargo de la urgencia. Les abriré y luego llamaré desde mi puesto.

Stoll, cargado de paciencia, no contestó.

Fisher se sacó del bolsillo un pequeño aparato de control remoto. Pulsó un botón y las dos puertas metálicas que cerraban el paso se corrieron hacia uno y otro lado.

—¡Vamos! —exclamó el capitán dirigiéndose al agente uniformado de su dotación.

—¡Capitán! —exclamó Grady cuando la puerta se estaba ya cerrando de nuevo.

Stoll se volvió.

—Tengo que informar a la brigada.

—Está bien, hágalo, pero a condición de que no pida refuerzos. A menos que yo se lo indique. ¿De acuerdo?

—Sí, señor.

Con paso rápido, seguido del agente, Stoll marchó junto a Fisher hacia los edificios.

—Empezaremos por la parte baja.

—¿El almacén?

—El laboratorio... Será mejor que me deje ver un plano del edificio. ¿Tiene alguno?

—Sí. Dentro están las plantillas. Son para las conexiones interiores, pero todos las sabemos ya de memoria.

—Yo no, Fisher. Echaré una ojeada al plano mientras usted llama por teléfono.

—Escuche... ¿Cree que de veras puede haber una bomba?

—Este aparatito lo dirá —repuso Stoll alzando el maletín.

CAPÍTULO II

Stoll estudió ligeramente el plano, demostrando una hábil capacidad de asimilación, y trazó un recorrido.

Los otros dos guardas no habían despegado los labios. Esperaban a que Fisher les indicara algo, pero el guarda-jefe se estaba rompiendo los dedos intentando obtener comunicación.

—Es muy extraño. No hay línea —murmuró.

—El maníaco. Apuesto a que hizo la faena cuando colocó el artefacto. Ahora estoy más convencido que nunca. ¡Vamos, Fisher! Acompáñenos. Ustedes dos, quédense aquí. Si ocurre algo ya se enterarán. Les llamaré a través del transmisor.

—¿Una bomba? —inquirió uno de ellos.

—Es imposible que la hayan puesto una vez cerradas las puertas. Nadie puede entrar ni salir —dijo Fisher.

Stoll se volvió para mirarlo fijamente.

—Entonces, es muy extraño... —Se volvió hacia los otros con una sospecha en su semblante—. Si no ha entrado nadie... ¿Quién ha podido cortar el teléfono?

—¿Eh? —Los tres hombres se miraron a la vez.

—Yo no he dicho que lo hubiesen cortado —dijo Fisher.

—Pues entonces, ¿por qué no funciona? La del exterior y esta... son líneas diferentes, ¿verdad?

—Así es, capitán.

Sin dejar de mirar a los tres hombres, Stoll con suave agresividad adujo.

—Sí... es muy extraño. Los teléfonos debían funcionar bien hasta el momento de cerrar la oficina. ¿Verdad? Luego alguien, hace media hora, llama diciendo que ha colocado un artefacto y a partir de este momento el teléfono deja de funcionar.

—No sé... No hemos llamado. —Fisher estaba desconcertado.

—Bien... bien...

—No irá a creer que alguno de nosotros... —empezó uno de los guardias.

—Yo no creo nada. Un policía no puede creer nada sin pruebas.

—Capitán —interrumpió por primera vez el agente uniformado de su dotación—. Creo que deberíamos darnos prisa.

—Sí, tienes razón... Pero empezaremos por la oficina. Quiero ver si el teléfono particular del señor Spellman o del señor Bradford funcionan. Deben tener líneas aparte, ¿no?

—Sí, señor, pero no nos está permitido utilizarlas.

—Éste es un caso excepcional, Fisher. Suba con nosotros.

Los dos guardas hicieron intención de seguir a Fisher, pero Stoll les contuvo con un ademán.

—No. A ustedes les quiero aquí abajo. ¡Vamos!

Fisher tomó la delantera para indicarles el camino.

Entraron por la puerta principal, que el guarda abrió mediante el control remoto.

Tras cruzar el amplio vestíbulo que distribuía las diferentes secciones, Fisher, dando el conmutador de la luz, les indicó la escalera.

—Es arriba.

Stoll y el agente esperaron a que Fisher volviera a tomar la delantera.

La lujosa escalinata les dejó en el piso superior. Un ancho corredor distribuía las distintas dependencias.

Caminaron hasta la mitad, allí se ensanchaba el pasillo formando una sala. En sendas puertas estaba escrito el nombre de los dos socios principales de la empresa.

Fisher se decidió por la puerta del despacho de Bradford.

Los otros dos le siguieron. Tras otra antesala con espacio para los secretarios, pasaron al despacho de la secretaria principal de Bradford, y de allí al amplio despacho. El guarda Fisher dio las luces.

El agente que acompañaba a Stoll quedó maravillado.

Al fondo, sobre la mesa, había varios teléfonos. El agente contó seis, a más del dictáfono, de un interfono, y luego, en una mampara a modo de pantalla, pudo ver varias pantallas de televisión. A la derecha, según se entraba, había una puerta. A la izquierda otra.

Fisher se dirigió hacia la mesa de los teléfonos.

—Voy a intentar desde aquí —dijo.

Se aproximó a la mesa y miró los teléfonos. Evidentemente ignoraba cuál era el de línea directa.

—Deje eso ahora, Fisher —dijo el capitán acercándosele.

Fisher se volvió y murmuró:

—Es que me gustaría probar.

Entonces Stoll, con un movimiento rápido, muy ágil, sacó un revólver del bolsillo y le encañonó.

—Lo siento, Fisher. Es usted un excelente guarda, pero no tengo elección.

—¿Eh? ¿Qué significa...?

—¡Vuélvase de espaldas! ¡Vamos! No estoy bromeando ahora...

Fisher retrocedió hasta chocar con el borde de la mesa.

—De espaldas, rápido —repitió Stoll, y dejó que el revólver chasqueara ligeramente.

Fisher observó que el arma que empuñaba Stoll iba provista de un silenciador.

—Usted no es policía. Ustedes no son...

Stoll había dejado el maletín sobre una butaca y con un ademán indicó al agente.

—Rápido. Ya sabes lo que tienes que hacer.

M agente se dio maña en extraer una cuerda de nylon, delgada, pero resistente.

Stoll obligó a Fisher a volverse advirtiéndole:

—Si se porta bien, no le ocurrirá nada.

El agente mostró una gran habilidad en atar y amordazar al guarda.

Empleó no más de dos minutos. Unas vendas en la boca, tiras de esparadrapo, con manos y piernas sujetos y unidos a los pies de un pesado diván.

Imposibilitado de gritar y de moverse, Fisher vio cómo el falso policía y el agente se adentraban por la puerta de la derecha. Comunicaba con la estancia donde estaba la caja fuerte y a su vez con el despacho de Spellman. El cuarto de la caja fuerte quedaba entre los dos despachos. Sus paredes eran blindadas, y el lugar tenía amplitud suficiente para celebrar conferencias privadas, como indicaba la larga mesa, propia para un reducido consejo de administración.

El falso agente uniformado, una vez a solas con Stoll, murmuró con nerviosismo:

—Hemos perdido demasiado tiempo.

—El necesario. Y aún hemos estado de suerte. Yo calculaba más.

Mientras hablaba sacó el artefacto que llevaba en el maletín. No era un detector, sino un control electrónico para «servicios muy especiales».

—El agente Grady habrá llamado ya a su brigada —repuso el otro.

—Da lo mismo, Murphy. Tardarán en averiguar la verdad. Los de la brigada tendrán que llamar a la Central.

—Y les dirán que no existe ningún capital Stoll.

—Sí, Murphy. Existe un capitán Stoll, y es más o menos de mi edad.

—Pero dirán que no hay nada de esa llamada.

—Tú no sabes cómo funciona una comisaría de policía. Y más la Central. Tendrán que averiguar, preguntar.

—¿De cuánto tiempo disponemos?

—No te pongas nervioso, Murphy. Para hacer esto, me pediste el aparato. ¿No? Dijiste que con ese chisme no necesitarías más de ocho o diez minutos. Pues, empieza.

—No sé, Max...

—¡Murphy! ¡Un profesional como tú! ¿Nervioso? ¡Murphy! Me decepcionas.

—Escucha... tú sabes que llevaba tiempo inactivo. Lo sabes. No te conté ningún cuento cuando te dije que quería vivir tranquilo... Tengo cuarenta y dos años y me he pasado una buena porción de ellos en la cárcel. No he tenido suerte...

—No me vengas ahora con el cuento de la lagrimita. Te pedí un favor. Ahora no volverás a la cárcel.

—Hum, pero si al menos tuviese garantías, pero...

—Has desperdiciado ya un par de minutos. ¡Vamos! Ponte a trabajar.

Murphy asintió y caminó hacia el aparato. Comenzó a disponer los cordones y con un gesto muy característico pareció que quería echar a un lado todas sus preocupaciones para concentrarse en el trabajo en el que siempre había sido considerado un auténtico as.

Ronald Murphy, con tres condenas a sus espaldas por practicar

con éxito aquella clase de trabajos, hizo honor a su fama.

Sus dedos ágiles maniobraron en los respectivos botones del aparato electrónico. Un estetoscopio pegado de una parte a su oreja y el otro extremo a la combinación le ayudaba en su trabajo.

Unas luces insertas en el aparato oscilaban continuamente. Unos números aparecían en el casillero destinado al efecto.

Durante los primeros cinco minutos no obtuvo nada positivo, pero al menos había sabido calmar por completo su nerviosismo.

Murphy se volvió para entreabrir la puerta y observar los inútiles esfuerzos que realizaba el guarda para moverse.

Max, cuyo nombre completo era Maximilian Lorder, parecía tener los nervios de acero. Consultaba el reloj sin inmutarse. Miraba las operaciones de Murphy con absoluta tranquilidad.

Y entretanto, el agente Grady desde el coche hablaba con el sargento de guardia.

—Ya te lo he repetido dos veces, se llama capitán Stoll. Ha llegado con un coche de la Central con otros dos agentes, uno ha entrado con él. Nosotros estamos vigilando... ¡Ah, sargento! Dice que no quiere publicidad.

—Está bien, Grady, insistiré en la Central. Para una cosa así debieran de habernos avisado a nosotros. Hum. Esto no me gusta.

Y desde su puesto, el sargento de guardia cambió de teléfono para hablar con la Central.

Alguien dijo:

—Debió ser el sargento Stoner, quien dio el aviso. Yo le he relevado. Pero aquí no hay constancia. Hablaré con el inspector jefe. No se mueva, sargento. Quizá tenga órdenes para usted.

—Aguardo —repuso el de la brigada.

Tal como había pronosticado Max, a pesar de que la policía se daba prisa, eran imprescindibles ciertos trámites.

Y el sargento de la Central consultó con un compañero:

—¿El capitán Stoll estaba de servicio esta noche?

—¡Yo qué sé! —repuso el otro.

Todo era rutinario. Los hombres cumplían una misión. En principio, no parecía existir ninguna emergencia, puesto que había un capitán, Stoll, adscrito a la brigada de homicidios, y por otra parte no todo el departamento conocía los distintos y numerosos casos que se producían a diario, a cada hora, a cada diez minutos,

inclusive.

Y los minutos pasaban.

En la sala de la caja fuerte, Ronald Murphy sonrió ampliamente y exclamó a media voz:

—Ya está...

—Estás en forma, amigo —sonrió Max—. Ocho minutos.

—Este artefacto, si se sabe manejar bien, raras veces falla —sonrió el experto.

Luego se dirigió hacia la puerta y movió el botón para poner la combinación que había logrado averiguar.

La puerta se abrió finalmente.

En el interior se amontonaban paquetes de flamantes billetes de Banco. Todos de diez dólares.

Murphy lanzó un silbido.

—¿Cuánto calculas que hay?

—Cuatrocientos...

—¡Cuatrocientos mil!

—Dólar más dólar menos. ¡Vamos! Al saco, ya verás qué poco abultan.

Dentro del maletín del aparato había un saco de plástico que apenas abultaba. Murphy lo desplegó rápidamente y comenzó a colocar el dinero en su interior. Max, metió de nuevo el aparato en el maletín y luego con el transmisor llamó al agente Grady.

—Aquí el capitán Stoll. Todo bien por ahora.

—Me alegra oír su voz, capitán.

—¿Ha dado usted el parte?

—Sí... sí señor. ¿Y usted... no ha encontrado nada?

—No, de momento, pero no pierdo la esperanza, Corto.

Se volvió hacia Murphy y preguntó:

—¿Te convences?

—Bueno. Esto ya está. ¿Por dónde salimos?

—Por la puerta principal, Murphy, pero dando un pequeño rodeo.

Salieron por el despacho de Spellman. Al cruzar la antesala, vieron la puerta que correspondía a Crena, el secretario. Max se fijó unos segundos en aquel nombre, pero siguió su marcha.

—Al final del corredor hay la puerta que comunica con los laboratorios privados de inspección. Allí hay una ventana que

comunica con la parte trasera del edificio. Hay una escalera de incendios, utilízala. ¿Ya sabes lo que tienes que hacer?

Murphy asintió.

—Date prisa. Te espero en el vestíbulo.

Murphy corrió por el corredor. La moqueta ahogaba sus pisadas. Llegó a la ventana, la abrió y descendió rápidamente por la escalera de emergencia.

Llegado al nivel del suelo, volvió a correr hasta una puerta secundaria, protegida con gruesos y espesos barrotes. Al otro lado de la puerta esperaba el otro falso agente.

—Tengo el corazón en la garganta —murmuró.

A Murphy le costó algún trabajo hacer pasar la abultada bolsa de plástico transparente a través de la cual podían verse los billetes.

—Hay un buen pico —murmuró Murphy.

—¿Y Max?

—Me está esperando.

—Bien. Iré a la puerta principal. Daos prisa.

Murphy asintió y echó a correr nuevamente, pero sin subir la escalera. Fue directo a la entrada principal de la que acababa de salir Max con absoluta tranquilidad.

—¿Cómo has conseguido abrir? —inquirió Murphy.

Max le mostró un control remoto.

—Yo también tengo uno.

—¿Y por qué no lo utilizábamos primero?

—¡Max! Si Fisher hubiera visto que entrábamos tranquilamente, hubiera sospechado a pesar de vuestros uniformes. Este control solamente lo tiene el guarda, además de los peces gordos. ¿Entiendes? Tenía que ser así. Ahora saldremos tranquilamente.

—Quisiera verme fuera de aquí.

—Enseguida, Murphy. Enseguida.

Pero en aquel momento comenzaron a surgir las complicaciones, porque en la central de homicidios y mientras el sargento esperaba una confirmación, entraron una pareja de agentes de servicio.

—¡Hola, sargento! ¿Alguna novedad?

—Estoy intentando localizar al jefe.

—Eso es fácil. Llame en casa del senador Warren —dijo uno de los recién llegados—. Celebran una fiesta.

Lo sabemos porque pasábamos por allí cuando le vimos bajar,

con el capitán Stoll.

—¿Stoll? Pero si precisamente... ¿Estáis seguros?

Los dos agentes se miraron sorprendidos.

—¿Seguros de qué?

Y mientras, Max y Murphy llegaron a la cabina de la guardia.

—Bien, hemos terminado...

—¿Han descubierto algo?

—En efecto... hay un artefacto, pero no se preocupen. Es obra de un aficionado. Tenía que estallar a las tres, pero lo he desconectado.

—¿Y Fisher? —preguntó uno de ellos.

—Ahora vendrá. No se preocupen. Nosotros nos vamos...

Pero en la Central, el sargento de guardia insistía.

—¿Les pregunto si están seguros de que era al capitán Stoll a quien han visto?

—Bueno, pues... —Los dos policías estaban perplejos.

Max y Murphy caminaban a paso normal por la amplia explanada en dirección a la puerta de salida.

CAPÍTULO III

Murphy hubiera acelerado la marcha, y lo dijo sinceramente:

—Tengo la impresión de estar en la cárcel. Esta puerta inmensa, su enorme altura... Y los barrotes.

Max sonrió.

—Tranquilo, muchacho.

—¡Eh, esperen! No podrán salir —gritó uno de los guardas.

—Cuando se den cuenta de que abres... —empezó Murphy.

—Tranquilo. Estamos lejos... cincuenta metros nos faltan solamente.

Y en la Central, uno de los agentes aseguró.

—Bueno... Si no era Stoll al que vimos, tenía que ser su hermano gemelo.

—Eso no puede ser, acabo de recibir una llamada de... ¡Cielos! Tengo que avisar a la brigada 17.

Se puso al aparato para prevenir al sargento de guardia de la brigada a la que pertenecía Grady.

—¡Sargento, sargento!

—Pero el sargento de la diecisiete había abandonado unos momentos su puesto para llenar un vaso de agua del depósito de cristal.

El de la central insistía:

—¡Sargento! ¡Sargento! ¡Maldita sea!

Max y Murphy seguían hacia la puerta. El segundo contaba mentalmente los metros.

Cuarenta tal vez.

El sargento de la diecisiete engulló el agua.

—Hum. De buena gana me tomaría algo mejor —comentó con otro agente de servicio.

El de la central accionaba continuamente la palanca.

—¡Sargento! ¿Qué pasa? ¿Es que no me oye?

Dejó el teléfono para llamar por otro.

Mentalmente, Murphy contó.

«Treinta pasos. Sólo treinta. Un poco más deprisa, un poco más».

El de la diecisiete arrugó el vaso de papel parafinado y lo arrojó a la papelería para volver parsimoniosamente a sentarse detrás de la mesa situada en la alta tarima.

Una llamada hizo que apresurara la marcha.

—Brigada diecisiete. Habla el sargento de guardia.

Una voz femenina, alterada, sonó al otro lado para formular una denuncia.

—Vengan inmediatamente... Tengo la casa llena de hombres... Temo que me quieran violar.

—¿Dónde vive usted? Deme su nombre y señas.

—Señorita Evelyn Landford. Mis señas Hamilton Street...

El sargento lanzó un bufido. Conocía la voz y recordaba el nombre. Apartó el teléfono de su oído, lo tapó con una mano y murmuró:

—¡Otra vez esa loca!

—Mándala a paseo —sonrió el agente.

—No puedo. Es una contribuyente. Tengo que registrar su llamada. Eso es lo malo.

—¿No me escucha, sargento? Le estoy hablando en serio... Sé que esos hombres vienen con las peores intenciones...

—Señora Landford...

—Señorita. ¡Señorita! —Rectificó airada la voz del teléfono.

Otro bufido del sargento.

«Veinte metros. Sólo veinte», pensó para sí Murphy.

La señorita Landford insistía en que querían abusar de ella, y el sargento de la veintiuna, armado de paciencia aducía:

—Señorita Landford. La otra vez le mandé un coche y en su casa no había nadie...

—Porque yo les eché. Tardaron ustedes tanto.

—Eso no es exacto, señorita Landford.

—Vamos, sargento. Mándeme una patrulla. ¡Mejor dos...!

De nuevo, apartando el teléfono, el sargento murmuró:

—Esa vieja quería que entrasen hombres de verdad. Tiene por lo menos sesenta años.

El agente hizo una mueca.

«Doce pasos, once, diez...»

Pronto estarían libres...

¿Lo estarían?

El sargento de la Central, al darse cuenta de que la otra línea de la diecisiete comunicaba también, lanzó una maldición.

—Sería el colmo que tuviera que ir alguien personalmente.

¡Maldita sea! ¡Sargento! ¿Me atiende o no?

El de la diecisiete pareció acordarse. O acaso escuchó la voz.

—Disculpe un instante, señorita Landford.

—¡No puede dejarme, ahora! Le estoy denunciando un acto delictivo. ¿Qué clase de protección me dan ustedes?

—Es sólo un momento, señorita. Se lo ruego.

Decididamente, el sargento de la diecisiete se puso al otro teléfono.

—Perdone, colega. Tengo a una pelmaza al teléfono. Gajes del oficio.

«Ocho metros, siete, seis...»

—¡Llame enseguida a su patrulla! ¡Qué retengan a ese capitán Stoll!

—¿Qué pasa?

—No lo sé todavía. Pero dese prisa.

—Sí, sí, pero ¿qué hacemos con él?

—Puede ser un impostor. Reténgalo en la brigada. Yo mandaré a mis hombres.

El de la diecisiete lanzó un silbido.

«Cuatro pasos, tres, dos...»

Detrás uno de los guardas gritaba mientras avanzaba rápidamente:

—¡Espérense! No podrán salir.

En el coche de la dotación del falso Stoll, el otro agente tenía ya en marcha el motor. Grady estaba cerca.

—Parece que ya vienen.

El sargento de la diecisiete llamó al teléfono del coche-patrulla en el momento en que Max Loder accionaba el control remoto y las puertas metálicas se corrían a ambos lados.

El agente compañero de Grady que había salido, al oír la llamada se apresuró a regresar al auto.

Max y Murphy cruzaron la puerta. El primero volvió a cerrar

mientras comentaba:

—Todo listo.

—¿Oiga? ¿Cómo ha conseguido el control remoto? ¿Y Fisher?

—Él se lo contará todo, si se queda aquí... Buenas noches.

El compañero de Grady tenía ya el auricular del coche pegado a la oreja.

Al recibir la noticia quedó atónito, pero reaccionó enseguida. Asomó para gritar.

—¡Eh, Grady! ¡Que no se vayan!

Grady no podía comprender todavía lo sucedido. Murphy se metía ya en el coche, y Max hacia lo propio por la parte delantera.

—Deprisa —ordenó al conductor.

—¡Grady! —exclamó nuevamente el otro sacando el revólver—. ¡No son policías!

El buen conductor del vehículo de los falsos agentes pasó raudo junto al otro.

Cuando el agente salió y trató de afinar la puntería para disparar, el chófer maniobraba con el volante marchando en un mareante, pero efectivo zigzag.

—¡Vamos a perseguirles! —gritó Grady entrando en el vehículo.

El conductor de Max había sacado ya por lo menos trescientos metros de ventaja, por el camino opuesto por el que habían llegado.

—¡Por unos momentos! —se lamentó Murphy.

—Calma, calma... Adams es un excelente chófer y nos lo va a demostrar.

Con nervios templados el agente falso, que manejaba el vehículo, tomó perfectamente la curva hacia la izquierda para subir por la Main Street en dirección al departamento de Santa Ana.

—Toma la 101 —ordenó Max.

El auto viró hacia la derecha otra vez, para entrar por la Freeway de Santana, que atravesaba oblicuamente prácticamente todo Los Ángeles.

Cuando entraron en la autopista urbana, Adams, el conductor, pisó el gas a fondo.

—A la altura de Chapman Avenue dobla a la derecha. Luego subes por la Avenida Placentia.

—Está cortada.

—Ya lo sé. Hay un solar por obras de ampliación de la zona de

Fullerton. Es decir. Si te atreves.

Adams hizo un gesto de fastidio.

—¡Claro que puedo!

—Entonces allí les despistaremos. En cuanto lleguemos a Buena Park, será fácil.

Murphy volvía constantemente la cabeza.

—Llevaba mucho tiempo sin sobresaltos... Esto ya no es para mí.

—Sí, Murphy. Tienes razón. Nos hemos metido en un lío. ¡Los tres!

—Vamos, vamos, Adams. Prohibido ser pesimista.

—Hum —murmuró el conductor siguiendo las instrucciones del «jefe».

Tras ellos la sirena de la policía sonaba sin cesar.

Tras unos diez minutos de marcha, Adams salió de la autopista adentrándose por una zona en construcción. El piso estaba surcado de baches, de montones de tierra, de piedras y cemento. Allí es donde lució la pericia del chófer.

La sirena había quedado más atrás, señal evidente de que los policías auténticos habían sufrido una ligera desorientación.

—Comienza a quitarte el vestido, Murphy. Nos estamos acercando. Toma el traje de calle. —Y le aproximó un lío de ropa.

Adams seguía por la gran explanada de baches. Al fondo de la misma había un surco que parecía insalvable.

—No contaba con esto —dijo.

—No te hagas el interesante. Lo salvarás.

—Esto es un coche, Max, no un avión.

—Vamos, vamos... Hay que llegar a la carretera en construcción.

El bache se acercaba cada vez más. Desde el interior del auto no se podía calcular exactamente la depresión, pero en ningún caso era inferior a los seis metros.

Adams se metió por allí aminorando la marcha. Al llegar al mismo centro viró raudo y el auto quedó clavado.

—¡Lo que faltaba!

—Echa hacia atrás, Adams —aconsejó Max sin perder nunca la serenidad.

—Es lo que estoy haciendo. ¡Maldita sea! Vamos a perder todo el terreno ganado.

—No te pongas nervioso. Sal, déjame a mí. Tú tienes que cambiarte de ropa también. Si no podemos salir de aquí, continuaremos a pie.

Adams saltó rápidamente y Max ya estaba fuera para ocupar el lugar del conductor.

Fue él quien empezó a dar gas al auto. Las ruedas patinaban negándose a arrastrar la carrocería.

Murphy se estaba cambiando rápidamente. Adams lo hacía desde fuera.

—Sal, Murphy. Con menos lastre hay más posibilidades —aconsejó Adams.

La sirena del coche patrulla de la brigada diecisiete sonaba cada vez más cerca.

—Nos descubrirán por las huellas —dijo Adams.

Max continuaba intentando sacar el vehículo de allí, sin mostrar el menor nerviosismo.

Por fin, tras algunos esfuerzos logró moverlo.

—Ahora. Daos prisa. Rápido.

Sin dejar de cambiar su indumentaria, Murphy y Adams ocuparon los asientos traseros, junto a la manta que disimulaba el saco de plástico donde estaba el dinero.

El coche siguió por la zanja que corría paralela a la carretera en construcción.

Al final de aquella especie de acequia, una pared impedía por completo el paso.

—¡Sujetaos! —advirtió Max y viró hacia su derecha para enfilarse por la pendiente.

Por un momento pareció que el vehículo iba a volcar, pero pronto se restableció el equilibrio.

Los policías habían llegado al punto donde Max y los suyos se metieron en la zanja.

—¡Por aquí! —indicó Grady.

—Se dirigen a Buena Park. No hay duda —repuso su compañero.

—Entonces, vamos. Hay un atajo que seguramente no le conocen. Da la vuelta. Llegaremos allí antes que ellos. Allí les atraparemos.

CAPÍTULO IV

Max conducía ahora por un piso absolutamente pedregoso que esperaba la capa de cemento a la que posteriormente se añadiría el alquitrán que convertiría la ruta en una nueva autopista urbana transversal.

La velocidad que imprimía amortiguaba los vaivenes, pero castigaba severamente las ruedas.

Al cabo de un kilómetro de recorrido se metió por la derecha por entre el pisado césped de los comienzos del parque que debía ser renovado al término de la construcción de la nueva vía.

—¿Por qué no sigues? —preguntó Adams.

—Porque hay un atajo y es el que tomarán ellos, si se dan cuenta de cuál es nuestro destino.

Siguió conduciendo por la blanda alfombra de hierba hasta llegar a un verdadero laberinto de acacias.

—Piñal del trayecto. Ahora tendremos que recorrer un kilómetro a pie, pero seguros.

—¿Sabes por dónde vamos, Max? —preguntó Murphy.

—Yo sé siempre por dónde voy —sonrió el joven que dirigía la operación.

Los dos agentes —Grady y su compañero—, habían llegado al final del atajo y el primero comentó:

—No pueden haber pasado todavía. Esperemos.

Los otros tres seguían a pie. Murphy y Adams habían cambiado ya sus uniformes. Max llevaba el maletín con el aparato que les sirvió para abrir la caja y Murphy el saco de plástico.

—Si nos viera alguien ahora... —murmuró.

Nadie contestó. Seguían a buena marcha por una suave pendiente.

Entretanto, los dos guardas de la compañía de productos químicos habían encontrado a Fisher al que desataban rápidamente.

Grady comprendió que no podían tardar tanto y decidió enfilarse por la carretera en construcción.

—Deben haberse metido por el parque —dijo—. No hay duda de que habían planeado perfectamente esto. ¡Deprisa!

Luego pasó a informar.

El sargento de la Brigada ya estaba dando orden a los coches para rodear la zona.

También en la Central estaban pendientes de las noticias, y el capitán Stoll. —El auténtico—, tras recibir el aviso en casa del senador decidió:

—Iré personalmente. Esto me atañe a mí.

También el inspector jefe abandonó la fiesta para ir con su propio coche a ponerse al frente de la operación.

Fisher intentaba comunicar con Crena, el secretario y «soluciona-problemas» de la compañía.

Crena acababa de llegar y no sólo precisamente. Le acompañaba una rubia tan estupenda como sofisticada. Se llamaba Laura.

—¿De veras no quieres subir a mi apartamento?

—Mi mamá me decía siempre que desconfiara de los hombres que la invitan a una a su apartamento.

—Los tiempos han cambiado, querida. Además, yo soy una persona muy seria.

—Lo sé... Eres todo un caballero, pero la verdad es que me caigo de sueño.

—¡No! ¿Tanto te has aburrido?

—Soy una mecanógrafa, señor Edgar Crena, y tengo que madrugar. Muy vulgar todo, ¿verdad?

—Puedo ofrecerte un trabajo dónde... no tendrías que madrugar necesariamente todos los días.

—¡Oh, qué interesante! Pero por favor... Me lo contarás otro día.

—¡Hablo en serio! —repuso Crena.

Crena era la estampa del clásico conquistador con sistemas «Camp».

Era joven, de pelo perfectamente cortado, nada de melenas. Su traje de corte clásico, impecable, caro, denotaba su alta posición.

Elegante hasta la afección, Crena tenía otro defecto. Era muy creído, estaba pagado de sí mismo, convencido de su propia

importancia.

—Bien. Eres una chica difícil. Adoro las dificultades. Mañana te veré... ¿Eh?

—¡Oh, sí! Mañana.

—¿Te acompaño a casa?

—No. Iré en taxi. Vivo en un barrio de gente muy chismosa.

—La gente chismosa, ¿no duerme a esas horas?

—Oreo que tienen siempre un ojo abierto... y espían detrás de las ventanas... ¡Mira, allí vienen un taxi!

La muchacha se separó de él para llamar al vehículo de servicio público, sin dar prácticamente tiempo a su acompañante a una despedida más «romántica».

Fue cuando Crena abrió la puerta de su magnífica mansión rodeada de parque, allá en la zona de Burbank, cerca del famoso paseo de San Fernando, antiguo lugar predilecto de los monstruos sagrados de Hollywood, que escuchó el timbre del teléfono.

Al tomarlo se enteró de lo sucedido.

—Han entrado en la sala de la caja, señor Crena. No sé si han conseguido llevarse nada. Todo está en orden.

—¿Y cómo diablos les has dejado entrar, estúpido? ¡Voy para allá! Ahora hablaremos... —Y Crena cambió rotundamente su expresión de hombre sin más preocupación que conquistar a una mujer hermosa, por la de quien de rebote podía exponerse a una seria reprimenda.

Y mientras Crena corría en busca de su coche que había dejado en la calle, Max, Adams y Murphy llegaban junto a otro automóvil, de pequeñas dimensiones, al estilo europeo, y lo ocupaban rápidamente.

Adams volvió a situarse al volante.

—Ahora puedes conducir con tranquilidad —comentó Max—. Ya no podrán cogernos.

Murphy no parecía estar muy seguro y seguía mirando hacia atrás.

—Tranquilo, muchacho —aconsejó Max—. Tranquilo. Todo ha terminado... Al menos para ti.

—Ojalá hubiese terminado para todos... Ya estoy oyendo al jefe —dijo Adams.

—Hemos conseguido el objetivo, ¿no?

—Sí, pero...

—Vamos, Adams, conseguirás poner a Murphy más nervioso todavía. —Y Max le guiñó un ojo al especialista en abrir cajas fuertes.

Grady estaba desorientado y lo que le molestó más fue tener que dar cuenta a la brigada de que había perdido la pista.

—Han abandonado el automóvil: el oficial. Seguramente tenían otro escondido en esta zona del parque.

—¡Sigue buscando, Grady! ¡El jefe espera noticias!

Grady asintió, pero comprendía que todo iba a ser inútil.

—Son gente hábil. Es la primera vez que se me escapa alguien... Pero lo intentaremos —dijo a su compañero—. ¡Vamos! ¡Ya lo has oído! Haremos todo lo posible. Que no se diga.

Max, en la parte trasera del coche, silbaba una optimista melodía que Frank Sinatra había hecho popular.

El vehículo ahora volvía a dirigirse hacia el sur, pero por la zona de Long Beach.

Luego, tras volver ligeramente hacia el norte, llegaron a Domingues, en los alrededores del viejo Canal.

Allí se alzaban unas cuantas construcciones de madera. Viejas casas próximas a desaparecer.

Era una zona que contrastaba con la elegancia de Long Beach, Enfilaron una suave cuesta como si se dirigieran a los picos de Domingues, hasta que Adams dobló por una de las oscuras calles y detuvo el vehículo. Habían llegado ya.

Dejaron el auto en la calle solitaria y edificada sólo por un lado.

Max abrió la puerta de una de las casas. Había un patio y una escalera que subía hacia la vivienda que estaba en el piso superior.

Había una sola habitación. Muy grande. Era sala, cocina y dormitorio a la vez. Uno podía perderse por las cuatro esquinas, no demasiado bien iluminadas.

Los muebles viejos se conservaban bastante bien.

—¿Dónde conseguiste esta cueva? —preguntó Murphy.

—Me la legó un tío mío al morir. Me hizo creer que era millonario y yo pensé haber heredado un palacio... Bueno, tampoco está mal... Con cien mil dólares quedará como nueva.

Max hablaba con su habitual acento irónico, pero ni Murphy ni Adams parecían de humor.

—Me conviene un trago —dijo el conductor.

—Me adhiero —adujo el especialista.

—Ya sabéis dónde está el *whisky* —repuso Max mientras vaciaba la bolsa del dinero.

Los billetes eran nuevos, crujientes. Murphy, quieras que no, no podía apartar los ojos de aquella fortuna.

Entonces Max, con uno de los paquetes en la mano, murmuró sencillamente:

—¡Y pensar que toda esa montaña de papel es sólo basura!

Murphy le miró fijamente y Max remarcó:

—Sí, Murphy... Lo sabías perfectamente. Estos dólares son falsos. Absolutamente falsos.

CAPÍTULO V

Eran poco más de la una de la madrugada, cuando un «Chevrolet» se detuvo detrás del automóvil que habían usado los falsos policías.

La calle seguía absolutamente desierta, silenciosa y oscura.

La rubia platino, de ondulantes formas, descendió del automóvil y miró hacia la entrada de la casa.

En el piso superior, Max estaba solo. Había despedido ya a sus amigos y fumaba pacientemente, mientras tomaba a pequeños sorbos una considerable cantidad de *whisky*. Pensaba.

La montaña de dinero, dinero falso según él, seguía sobre la mesa.

La rubia cruzó el umbral de la puerta después de abrirla con una llave que sacó del bolsillo. Pasó al patio y enfiló la escalera. El taconeo sobre la vieja piedra de los peldaños delató su presencia.

Max debió oírlas porque se aproximó hacia la puerta y la abrió para recibir a la mujer.

—Bienvenida a mi choza, Laura —sonrió con una reverencia bufa.

Y Laura, la mujer que poco antes se había despedido de Crena en Burbank, cruzó la puerta de aquella ancha pieza, estrafalaria, pero acogedora a la vez.

—Lo conseguiste, ¿eh? —preguntó mirando el dinero.

—¿A ti qué te parece? —sonrió él cerrando la puerta.

Durante el par de minutos siguientes no dijeron nada. Luego Max anunció:

—Bueno, hablemos de ese caballerete.

—¿Crena?

—¿Se portó bien?

—¿Celoso? —sonrió ella fingiendo a la perfección una estudiada coquetería.

—De ti, no. De él...

—Tonto.

—Cada minuto que paso sin ti es una condena.

—¿Hubieras preferido estar en su lugar?

—Esta noche, sí —aseguró Max.

—¡Oh! ¿Y cómo hubieras conseguido esto? —repuso ella rozando ya los fajos de billetes.

—Sí. Tienes razón. En este pícaro mundo, cuando no te falta una cosa, te falta la otra...

—¿Dónde están?

—¿Adams y Murphy? Les he echado.

—¿Por qué?

—¿Y si les reconocen?

—¿Y quién va a reconocerles? Adams dejará a Murphy en su casa y luego se irá a la suya, con el «Ford» su propio coche. No ocurrirá nada. Al menos hasta mañana, pero no quiero pensar en mañana. No quiero. —Y volvió a aproximarse a la joven para besarla.

Luego ella quiso saber si todo había salido bien. Deseaba conocer al máximo los detalles.

—A última hora se complicó. Vino de poco. Pero logramos despistarlos. Entraba dentro de lo previsto.

—¿Llamaron a casa de Crena?

—Mientras estuvimos allí, no.

—No estábamos. Él insistió mucho en regresar antes de las doce, pero pude conseguir retenerle.

—¿Dónde?

—En el Flamingo. Dije que me pirraba por el baile. Aseguré que jamás había estado en un ambiente como aquél y así conseguí pasar el tiempo. ¡Buf! Pero es un pésimo bailarín. Parece un maniquí.

—Me gustaría saber si es sólo eso: un maniquí.

—Prohibido pensar. Tengo ganas de ponerme cómoda.

—Escucha —adujo él tornándose grave—. ¿Tienes que ver a Crena mañana?

—Él me lo ha pedido, pero cuando sepa lo ocurrido, a lo mejor...

—Bueno, tú no debes forzarle, sin embargo, si te llama, muy a pesar mío, debo pedirte que salgas con él.

—¿Tengo que retenerle otra vez?

—Sí, Laura, tienes que hacerlo. Si no te importa. Insisto en que lamento pedírtelo.

—Bueno, si es necesario...

—Lo es.

Laura se sentó al borde de la cama y comenzó a despojarse de las medias.

—Debes pedirle que... —Siguió el joven observando las bonitas piernas de la joven.

—Bueno, sigue.

—Debes pedirle que te lleve al Pacific Club. Intenta que tu petición resulte normal.

—Sabes que soy una buena actriz... Lástima que algunos directores no supieran apreciar mi arte.

—Bueno, luego te contaré los detalles. Ahora no... Ahora cumpliré lo prometido. Olvidarme de todo.

Callaron...

A través de la ventana abierta, se filtraba el airecillo suave de la noche veraniega.

El cielo lucía esplendoroso con sus millones de lucecitas que a cada nuevo descubrimiento de la ciencia perdían romanticismo. La luna era un adorno más al paisaje en la noche tranquila.

Hacia las tres de la madrugada, sin embargo, aún había gente divirtiéndose, los que no tenían que madrugar, los que podían derrochar alegremente su dinero, tirándolo sobre los verdes tapetes de las mesas en cuyo centro una ruleta con su bola caprichosa designaba hacia qué rincón irían a parar las fichas apostadas.

Era el club privado conocido como Pacific. Un local asequible únicamente a las grandes fortunas.

Allí no estaba prohibido el juego, porque se trataba de un antro estrictamente particular. Gente influyente, era requisito indispensable para ser socio.

Spellman, Eugene Spellman era uno de los privilegiados.

Y la llegada de su secretario Crena distrajo su atención de la mesa, donde el *croupier* barrió el montón de fichas que había apostado al trece-negro.

Crena no supo disimular su angustia y Spellman, muy calmadamente, tanto por su voluminosa figura, como por su aire

natural, cedió su puesto a otro y se aproximó a su secretario.

Crena relató lo ocurrido.

—De veras no lo sé... Todo está en orden, pero Fisher habló de un detector. Creo que sería conveniente que usted abriera la caja.

—¿Temes que...? —empezó Spellman.

—Eran gente muy serena, y parecían tenerlo todo perfectamente calculado. Es lo único que sé.

—Bueno, si han robado, el seguro cuidará de abonarlo. Sabes que todo está perfectamente cubierto.

—Sí, desde luego, pero...

—¿Qué te preocupa, Edgar? No temas —añadió Spellman paternalmente—. No voy a reprocharte este fallo a tu sistema de organización. No hay nada perfecto, aunque nos lo parezca.

—Fisher no debió abrir a nadie. ¡Se lo he dicho! Pero claro... del modo que ocurrió todo.

—Iré enseguida para allá y no pienses más. Spellman y Bradford no perderán ni un centavo. Tranquilo, Crena. Es lo único que te falta, un poco más de serenidad. Cuando las cosas han sucedido, ya de nada sirve lamentarse, lo que conviene hacer es buscar el fallo y procurar que no se repita. Esto es todo. Vamos a tomar algo en el bar. Ya he perdido bastante dinero esta noche.

Spellman no salió del club hasta las cuatro de la madrugada, cuando alboreaba el nuevo día.

Era exactamente esa misma hora cuando insistentes golpes sonaron en la puerta del cuarto de Max. No le despertaron porque el joven tenía ya los ojos abiertos.

A quien despertaron fue a Laura. Max corrió unas cortinas que ocultaban la cama y fue a abrir con el pantalón puesto y el torso desnudo, mientras susurraba:

—Ya va, ya va... ¡Vaya unas horas!

Cuando abrió la puerta y vio a su visitante no pareció sorprenderse lo más mínimo.

Lo único que comentó ante la severa mirada de su visitante fue:

—¡Inspector Woods! A esas horas...

—Ha armado tanto ruido, Loder, que me he enterado sin moverme de Pasadena.

Avanzó como si la estancia le fuera absolutamente familiar y sus ojos se clavaron en el montón de billetes que estaban sobre la mesa.

—¡Lo has hecho!

—¿No estás usted aquí para esto, Woods? —preguntó tranquilamente Max dejándose caer sobre un sillón.

—Sí, claro, pero quería comprobarlo... ¡Oh, Max Loder! ¿Qué clase de agente eres?

—Soy simplemente un agente de la Tesorería de los Estados Unidos, señor.

—¿Me gustaría saber quién le dio la credencial?

—Woods, ellos utilizan las peores armas, inspector. Yo he hecho un trabajo limpio.

—Limpio, ¿eh? Y ahora, ¿qué?

—No se sabrá nada, si nadie mete la pata. Sólo le pido que me permita llevar a cabo mi plan.

—Yo no puedo autorizarte, Max. No puedo.

—Woods, como agente de la Tesorería, una de mis principales obligaciones es perseguir, encontrar y poner en manos de la ley a los monederos falsos. Los medios puede que no sean ortodoxos, pero los normales no nos llevarían a ninguna parte en este caso. Se lo advertí, Woods, esta vez toparemos con gente muy hábil. La falsificación es tan perfecta que incluso los expertos han llegado a dudar... Ahora hemos dado por lo menos un paso adelante. Se han confirmado mis sospechas. Sabemos de dónde sale el dinero o parte de él. ¿No es acaso un buen principio?

CAPÍTULO VI

Woods había aceptado el café que le preparó Max Loder. Cuando terminó de tomar la primera taza, permaneció largo rato sumido en profundas meditaciones.

Laura apareció tras el biombo con una liviana bata. Woods levantó la mirada y comentó:

—Usted también, ¿eh?

Antes de que la joven pudiera contestar, el agente Max Loder respondió por ella.

—Me ha ayudado bastante.

—¿Cómo consiguió los datos para entrar en la fábrica?

—Metí a uno de los muchachos. Lo recomendó una amiga de Laura que trabaja allí. Él me facilitó los planos y el tipo de caja. Utilicé a Murphy.

—Sí, lo supongo.

—Le prometí que ocurriese lo que fuese él quedaría al margen.

—Y ahora estamos en deuda con un revienta cajas.

—Murphy ha cambiado. Me costó mucho convencerle. Quiere vivir en paz. Se siente hogareño, y la verdad es que el pobre no ha tenido muchas oportunidades de vivir con su mujer. Ella es una buena chica. Él se ha dado cuenta y ahora va por buen camino.

—Y ha tenido que ser un policía de la Tesorería quien despertara de nuevo su codicia.

—¡Vamos, Woods! En el fondo usted también aprueba esto.

—No soy quien tengo que aprobarlo, pero mentiría si no confesara que este asunto me preocupa. Creo que vamos a tropezar con muchos obstáculos.

—Cuento con ello, pero tengo fe en mi plan.

—Está bien, siga. ¿Qué piensa hacer?

—Mire, Woods, vayamos a reconstruir el asunto desde sus comienzos...

El inspector guardó silencio dejando que Max Loder empezara a resumir la cuestión.

—Los preliminares los conocemos todos. La duda de un cajero y descubrimiento de un billete de diez dólares que no había sido fabricado por el Gobierno.

»Las pesquisas de costumbre nos llevan a la conclusión de que en varios Bancos aparecieron billetes similares, pero apenas nadie se ha dado cuenta —siguió Max, para hacer una nueva pausa y añadir—: Y esos billetes sospechamos que hayan sido depositados por los empleados de alguna fábrica tras el cobro de sus haberes de los viernes.

»Las investigaciones nos llevan hasta los empleados de la Spellman y Bradford.

—Llegamos a ello por una eliminación —comentó Woods.

—Exacto... Y la cosa se repitió durante tres semanas, al menos que nosotros sepamos. La nómina asciende alrededor de los cuatrocientos mil semanales. Eso quiere decir que como mínimo circulan un millón doscientos mil dólares falsos en billetes de a diez. Tenemos que impedir que se pongan más en circulación, pero no podemos alarmar a la gente ya que además de no conseguir nada práctico espantaríamos la caza. Lo mejor, creo yo, es evitar, en principio, que se introduzcan otros cuatrocientos mil dólares y en segundo lugar llegar hasta el origen, hasta la fuente... Lo que he hecho hoy puede facilitarme ambas cosas. Una, por lo menos, es segura. Ese dinero. —Y Max señaló el montón de la mesa—, por lo menos no aumentará el número de dólares falsos que hay en el mercado...

—¿Y después?

—Como usted sabe, Woods, hemos estado investigando cerca del Banco donde la Compañía Spellman y Bradford, saca el dinero para el pago de sus nóminas. Sabemos que el dinero que sale de allí es auténtico. ¿Dónde se produce el cambio?

—Lo que me extraña, Loder, es que puedas sospechar de Spellman o de Bradford. Sólo con el dinero que roban al fisco tendrían para comprar medio Estado de California.

—No he dicho que pensara en ellos, pero no los excluyo.

—Sí, ya sé, ya sé. Su hombre es Crena, y por eso había pensado en detenerle.

—¿Y qué conseguirá? Crena no fabrica el dinero. Es evidente. Se limita a cambiarlo.

—No puede estar tan seguro tan poco. Al menos yo no lo estoy.

—Woods... Los viernes por la mañana, cuatro contables y doce auxiliares reunidos en un despacho, meten en sobres la nómina de cada uno. Ninguno de ellos tiene ocasión de cambiar los dólares buenos por los falsos.

»El importe total va a buscarlo Crena en el Banco con un coche escoltado por dos motoristas más un guardia privado de la compañía y un chófer.

»Cuando el dinero llega a la fábrica es encerrado en la caja fuerte a la que sólo tiene acceso Spellman y Bradford. Son los únicos que conocen la combinación. Nadie más. Si admitimos que ellos no cambian los dólares. ¿Quién lo hace?

—Sería absurdo pensar que esos dos hombres se arriesgaran de ese modo...

—Exacto. Se comprometen puesto que la falsificación alcanza a todos sus empleados y es fácil seguir una pista tan clara. Ahí está lo absurdo y donde entra en funciones Crena.

—Está bien, siga.

—Crena es un mal bicho. Esto lo sabemos. Tiene una dilatada lista de antecedentes, pero sin saber por qué consigue siempre gozar de las simpatías de sus futuras víctimas. Crena está muy bien agarrado del brazo de Spellman; tanto que incluso puede permitirse el lujo de frecuentar un lugar como el Pacific Club y gastar dinero, en cantidad.

—¿Falso? —preguntó Woods, adivinando.

—Exactamente, Woods. Falso. Crena posee moneda falsa. Moneda que tiene que sacar de algún lugar.

—Ya...

—Woods. Crena, pagado por alguien, es nuestro hombre. Y el Pacific Club, puede ser un magnífico lugar dónde iniciar mis pesquisas.

—¿Piensa mezclarse en el Pacific?

—Esta noche, utilizando ese dinero como cebo.

Woods tuvo que pensarlo.

—No, no... No es que no me guste el plan, pero puede ser muy peligroso.

—Woods... Me ha costado mucho llegar hasta este punto. Déjeme seguir.

—Yo no podré protegerle. ¿Se da cuenta?

—No sería la primera vez que he tenido que desenvolverme solo.

—Lo sé, Loder, pero ahora es distinto.

—Yo no lo veo así.

—Lo mejor sería detener a Crena.

—No confesaría y ni usted ni yo podríamos probarle nada.

—¡Loder! El dinero de Crena es también de la nómina. ¿No ha pensado en esto?

—Crena llegó a perder en una noche, hasta veinte mil dólares. Por muy buen sueldo que tenga no puede disponer de una cantidad así, y menos gustándole jugar.

—¿Cómo lo sabe?

—Tengo un camarero amigo. Él no sabe nada. Existe una barrera total entre el personal doméstico y los que rigen el club. No hay forma de que se deslice ningún secreto. Tiene que ser siendo socio y poniendo un cebo.

Tras un largo silencio Woods preguntó:

—¿Cómo conseguirá hacerse socio?

—Usted encárguese de cubrir a Adams y a Murphy, si algo se torciera. Lo del Pacific déjelo de mi cuenta.

—Está bien, Max, adelante. Pero sólo podré darle un tiempo limitado. Insisto en que es peligroso.

Woods se dirigió hacia la puerta y su subordinado le siguió para abrírsele.

El inspector, antes de abandonar la casa, se volvió para indagar:

—Cuando abran los Bancos, los de Spellman tendrán que ir a buscar más dinero para pagar la nómina. ¿No?

—Seguro.

—¿Y si vuelven a pagar en moneda falsa?

—Entonces... tendríamos una prueba más.

—Pero Crena sólo dispone del trayecto del Banco a la fábrica. Y va escoltado por dos policías, más el guarda y el chófer. Van directos. ¿No? ¿Cómo puede cambiarlo?

—Es posible que... en el mismo coche.

—¿A la vista de testigos?

—No creo que le estén mirando siempre, pero esto es menos

importante por ahora.

—Max... hay otro punto.

—¿Cuál?

—Hemos seguido a Crena.

—Cierto.

—Puede gastar más de la cuenta, pero no tiene contactos sospechosos. Hace una vida bastante igual, bares, chicas y ese club.

—Usted acaba de darme la razón, inspector —repuso Max—. ¡El club! El único sitio donde se le pierde la pista es el Club. Por eso quiero estar yo dentro.

—De acuerdo, Max... ¿Cuánto dinero piensa llevarse?

—Todo el que me haga falta...

—Bien. Mandaré a un par de muchachos a recoger el que no necesite. Haré un informe de esto. Suerte. Y no olvide que... no olvide que si algo funciona mal...

—No se preocupe, Woods. La vida sería muy monótona si no existiera nunca el riesgo de algo.

El inspector salió sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

Cuando el joven se quedó a solas con Laura, ella fue a su encuentro con la angustia reflejada en su semblante. Ya no era la muchacha de risas y poses sofisticadas. En esos momentos era simplemente una mujer enamorada que sufría.

—Max... Woods tiene razón. Si ese club es el cubil y saben que tú tienes el dinero...

—¿Qué?

—Se te echarán encima.

—No podrán descubrir que soy un agente de la Tesorería. Soy poco conocido en Los Ángeles. Las misiones importantes las he realizado lejos de aquí.

—Pero. ¡Sabrán que tienes tú el dinero!

—Exacto, y eso lo único que probará es que lo he robado. Nada más. Y es precisamente lo que quiero. Luego te diré lo que tienes que hacer.

Y a continuación, el agente no permitió que ella siguiera hablando. La abrazó, consultó su reloj y murmuró:

—Humm. Todavía es temprano. No perdamos tiempo en divagaciones.

Ella se dejó acariciar por aquel hombre de que nada parecía

hacerle perder la calma.

CAPÍTULO VII

Toda la Prensa del día se ocupó del audaz atraco. Murphy tenía un montón de periódicos sobre la mesa y miraba a la calle desde la ventana de su casa al caer ya la tarde.

Su esposa le observaba en silencio.

—No puede pasar nada. ¿Sabes? —dijo él—. Me dijeron que era un servicio. Casi no pude negarme.

—Ya me lo dijiste, querido —repuso ella.

Pero Murphy no estaba del todo tranquilo. No podía evitarlo.

Adams, por su parte, se encontró en un lugar apartado de la costa cerca del Cinturón de Palos Verdes, entre Long Beach y Redondo Beach, con Max.

—Bueno —dijo este último—. Ya hablé con el jefe. Tengo vía libre.

—¿Y yo qué papel juego en la nueva comedia? —preguntó Adams.

—Te mantendrás a la expectativa para intervenir cuando haga falta.

—¿Piensas meterte en la boca del lobo? —preguntó de nuevo Adams.

—Dentro de treinta minutos exactamente. ¡Ah! Cuando tengas que dejarte ver, desfigura un poco tu rostro.

Adams asintió. Él venía a ser el discípulo predilecto de Max, que pese a su juventud. —Veintiocho años—, era ya un auténtico veterano de la plantilla de agentes del Tesoro. Adams era novato, pero eficiente.

—De la mano de Max vas a aprender mucho, me dijeron —dijo Adams que contaba un par de años menos—. Espero que éste sea mi primer triunfo compartido.

—Lo será. Hasta la vista.

—Estaré donde siempre, Max. Suerte.

Se separaron. Cada cual tomó su coche, ninguno de ellos tenía instintivo oficial alguno.

Max acudió a su apartamento oficial en Bay Street, en el Down Twon^[1], y cambió de indumentaria, eligiendo un traje oscuro impecable, camisa blanca y corbata de seda natural azul, zapatos acharolados y calcetines negros. Todo ello de primera calidad.

Repasó su aspecto ante un espejo mural y tomó un fajo de billetes de diez dólares que metió en uno de sus bolsillos. Metió otros fajos en una cartera de mano de auténtica piel de cocodrilo y salió a la calle.

Le esperaba un «Cadillac» que momentos antes había contratado en una casa de alquiler de coches.

Con el elegante y llamativo vehículo se dirigió a Long Beach. Exactamente al Pacific Club.

Su desenvoltura habitual, su don de gentes y aquella impronta que sacaba a relucir cuando estaba metido en el papel del hombre acostumbrando a mandar, le sirvieron en principio para encararse con el estirado portero del club que por su aspecto tenía más modos de guardaespaldas que de lo primero.

—Es un club privado, señor —le dijo el hombre.

—No lo ignoro. Avise al señor Calvert, de parte de Manson. Félix Manson. ¡Ah! Y dígame su nombre. Vamos a vernos bastante a menudo y me gusta conocer el nombre de la servidumbre.

Había un marcado deseo de establecer posiciones. Le había llamado «Servidor», criado.

—Dese prisa —añadió—. Al portero no le hizo la menor gracia, pero tomando el teléfono que le evitaba tener que abandonar su puesto, llamó a alguien. Enseguida se presentó un individuo bajo, vestía con elegancia, pero él no tenía nada de elegante.

—Usted no es Calvert. ¿Qué es esto? ¿Intentan burlarse de mí? ¿Qué clase de club es éste?

—Perdón, señor...

—Yo no tengo que perdonarle nada. Avise a Calvert. El señor Higgins me recomendó este club. Supongo que en su ausencia deben de haber habido cambios. Me habló de esto como un dechado de perfecciones. Y estoy viendo que el personal deja mucho que desear.

—Perdone, señor —repuso el otro haciendo acopio de cortesía—. Soy el encargado de relaciones públicas. Generalmente atiendo a

los no socios, pero tratándose del señor Higgins... ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Manson. Félix Manson.

El nombre de Higgins, en principio, le había abierto las puertas.

Higgins era persona bastante conocida en las altas esferas, pero tenía fama de poco comunicativo. No se prodigaba y sus costumbres tenían carácter particularísimo; introvertido y amante de los viajes, Higgins se hallaba ausente, de Safari en África. Max lo sabía. —Lo había sabido a través de sus medios de información—, y se las arregló para conocer unas cuantas costumbres del hombre de quién se hacía pasar por amigo. Ésa era su tarjeta de visita.

Calvert, el presidente de la Asociación y cabeza visible que en definitiva estaba facultado para decidir quiénes debían entrar o no en el club, atendió a Max.

—No me gustan los largos discursos de bienvenida, ni que me molesten con explicaciones inútiles. Mi principal objetivo es el juego. Me gusta. He estado en casi todos los casinos de nuestro país y en muchos del extranjero. Al igual que Clarence Higgins no me gusta rodearme de amistades superfluas. Quiero hacer mi vida sin que nadie se meta conmigo.

—Me parece muy bien, pero...

Max le interrumpió al director para seguir:

—¡Ya! Tengo entendido que si bien el club es privado, hay una junta permanente que en realidad son los dueños del club.

—Así es.

—De modo que los socios no son co-propietarios del local ni de sus instalaciones, disfrutan simplemente de ellas mediante una cuota de dos mil quinientos dólares mensuales.

—Veo que está usted muy bien informado. Es extraño que Higgins no nos hubiese hablado de usted.

—¿Ha oído alguna vez que Clarence Higgins de explicaciones a nadie?

—Bueno, entonces no ignorará tampoco que seguimos unas ciertas formalidades.

—Sí, sí, las presentaciones y el nombre en el tablón de anuncios. Lo sé. Pero lo importante es la cuota de entrada. Seis mil, ¿no?

Calvert sonrió.

—Puede extender un talón y mandárnoslo. Nominativo, por

supuesto a nombre de Pacific Club L.T.D.A.

—Quiero jugar esta noche. Estoy decidido. No le importará que le pague en efectivo, ¿verdad?

—¿En efectivo?

—He pensado que un talón en los tiempos que corremos a menudo hace dudar. El dinero contante y sonante es mayor garantía. —Y dicho esto abrió la lujosa cartera y sacó seis fajos de billetes.

—Son de diez dólares todos. Puede contarlos. Ya me dará el recibo...

Calvert estaba entre perplejo y extrañado. Aquello no era normal, aun viniendo de un amigo de Higgins. La excentricidad y vehemencia del solicitante estaba fuera de toda normalidad. Aunque la experiencia demuestre a veces que entre la gente adinerada son posibles todas las posiciones más increíbles ante un deseo.

—Tenemos un formulario donde deben figurar sus datos personales, profesión, etc. Es completamente secreto.

—De acuerdo.

—Excepcionalmente se le permitirá la entrada hoy.

—¿Por qué excepcionalmente?

—Señor Manson, tenemos unas normas.

—Que yo respeto. Cuando se empieza por pagar, creo que termina todo lo demás. Puede darme ese formulario, se lo mandaré por correo, si mañana decidiese no venir. Buenas noches.

Salió del despacho de Calvert con aire de alto dignatario, erguido, seguro como quien está acostumbrado a mirar a los demás desde un lugar muy elevado.

Los seis mil dólares quedaren sobre la mesa del director que tomó uno de los fajos y volvió a dejarlo con los demás. Enseguida llamó por teléfono.

—Póngame con Jack Bradford. Dese prisa.

CAPÍTULO VIII

Max jugó y perdió. Y no le fue fácil. No le fue fácil, porque lo que él quería era perder los cuatro mil dólares que había cambiado en fichas.

Cuando decidió poner fin a su estancia en la sala de juego fue a cambiar las fichas que le sobraban.

Le devolvieron cuatrocientos dólares en billetes de diez usados, sin contarlos se los metió en el bolsillo y se dirigió hacia el bar. Se cruzó con Calvert que a media voz le indicó:

—Señor Manson, quiero presentarle al señor Jack Bradford, de los Laboratorios Spellman y Bradford. Está en el bar.

—Allí iba precisamente.

Calvert efectuó las presentaciones.

Bradford era un hombre de estatura corriente, de unos cincuenta años, con mucho mundo a sus espaldas. Frente despejada y mirada incisiva, parecían en el químico dos armas peligrosas.

—¿Qué tal nuestro común amigo Higgins? —sonrió Bradford para iniciar la conversación.

—Cuando está de viaje no suele enviar postales a nadie —repuso Max con indiferencia.

—Sí, ya sé. Calvert me ha dicho que usted tiene bastantes puntos de contacto con él.

—Me parece que para ser director, Calvert debería guardarse sus opiniones.

—¡Oh! Debe disculparle. Aquí existe una gran confianza entre todos. Dejamos de lado las poses envaradas. Es un local para diversión lejos de periodistas indiscretos y de murmuraciones de envidiosos. Por cierto... ¿Cuál es su ocupación, señor Manson?

—Negocios.

—Todos nos dedicamos a los negocios. Como ya sabe, lo mío son las industrias químicas.

—¡Ah, sí! Esas que, según el periódico, han sido víctimas de un atraco.

—Un asalto poco corriente. Bueno, la compañía de seguros correrá con las pérdidas. ¿Sus negocios le van bien, señor Manson?

—Si quiere conocer la procedencia de mi fortuna, no pienso decirlo... Digamos que heredé y tengo dinero invertido en negocios... heterogéneos. ¿Le sirve esto?

—No reprocho su discreción. En realidad aquí jamás hablamos de tales asuntos, pero como es usted nuevo y según parece viaje con importantes cantidades de dinero encima.

—Precisamente porque soy nuevo. No quiero que al extender un talón se dude de la solvencia de mi firma. —Y cambiando bruscamente se puso en pie y preguntó—. ¿Quiere tomar el último *whisky* de la noche? Pensaba marcharme ya.

—¿Vive lejos?

—En Bay Street.

—¡Oh, en el centro!

—Sí, pero no me molesta, paso la mayor parte del tiempo fuera de casa. Cuando tengo insomnio me mudo a un hotel.

Avanzaron hacia el mostrador en el momento en que de la sala destinada a la música llegaban Crena y Laura, hablando.

—¡Oh, permítame que le presente al secretario de mi socio! El señor Crena.

Tras una leve reverencia de cabeza entre los dos presentados, Crena aludió a Laura.

—La señorita Laura Hunter.

—¡No sabía que admitieran socios del sexo femenino! Encantado. No lo decía por usted, señorita. Su presencia pone una nota agradable al club.

Tras una leve reverencia de cabeza entre los dos presentados, Crena aludió a Laura.

—No admiten socias, señor —repuso Crena—, pero se puede venir con una acompañante si se quiere. Es un privilegio.

—En su caso, sí lo es —sonrió Max mirando a Laura con absoluta naturalidad, y como si la viese por primera vez.

Ella también sabía comportarse perfectamente dentro de su papel.

—El señor Manson ya se iba —adujo Bradford—. No le

entretengamos. Vive en el centro. En Bay Street. ¿No es eso?

—En el 42 exactamente. Señorita, señores. Buenas noches.

Apenas el agente se había alejado, Crena se disculpó ante Laura:

—Tengo un recado para Calvert. ¿Quieres aguardar en el bar? Toma algo mientras.

—¿Puedo invitarla, señorita? —preguntó galante Bradford.

—¿Por qué no? —murmuró ella recordando lo que le había dicho Max en las instrucciones «Ojos y oídos muy abiertos».

Crena, sin embargo, no fue con el presidente Calvert con quién fue a hablar, sino con el portero.

Lo hizo mientras en el exterior, Max fingía estar parando por el bien cuidado jardín que concluía en la playa privada, con su marina, sus instalaciones y él ambigú:

Vito, el portero, tras una muy breve charla se dirigió al teléfono y llamó a alguien.

En el bar, Laura vio a Calvert, no le conocía, pero escuchó como alguien le llamaba.

Pensó que si Calvert estaba allí, mal podía estar Crena hablando con él.

—¿Me disculpa un momento? Vuelvo enseguida —dijo la muchacha a su acompañante.

Avanzó hacia el fondo como si se dirigiera al tocador pero en realidad buscaba a Crena.

Se aproximó al vestíbulo, creyendo haber visto a alguien que se le parecía.

Entonces escuchó la voz queda del portero Vito, que creyéndose solo no había tomado ninguna precaución.

—Se llama Manson, puede ser un hombre falso. Vive en el 42 de Bay Street... Todavía está aquí. Su coche es un «Cadillac», matrícula de California. ¿Color? Crema Anota el número... Pero esto tiene que ser muy rápido. De acuerdo.

Vito colgó y Laura se apartó bruscamente para que no pudiera verle.

Pero Vito sospechó algo y avanzó. La muchacha se ocultó tras la primera puerta que encontró. Era una estancia a media luz, con algunas butacas. El club disponía de varios salones como aquél.

Vito miró en derredor y trató de buscar a la persona que podía haberle escuchado.

Max permanecía ahora más cerca del mar. En el ambigú, disfrutando de la brisa natural, algunas parejas bailaban al son de la orquestina. Los camareros se hallaban atentos a la menos indicación de los clientes.

Algunos preferían recorrer en lancha la pequeña bahía. Era aquél un mundo maravilloso y soñado por muchos, pero al alcance de pocos.

Un *whisky* se pagaba cinco veces más que en cualquier bar de primera categoría. Tener un puesto en la Marina^[2], costaba al mes lo que muchas familias necesitan para vivir todo el año.

Decidió regresar tras consultar el reloj.

Entretanto Laura intentaba salir cuando una voz surgió a su espalda desde la penumbra.

—¿Busca a alguien?

Laura se sobresaltó. Dio la vuelta y se encontró ante un hombre de unos cuarenta años que la miraba sonriente y divertido.

—¡Oh, disculpe...! Buscaba... El tocador.

La excusa era demasiado burda para la forma de proceder de la muchacha.

—Pues yo más bien hubiera dicho que intentaba esconderse de alguien. Perdón si insisto. ¿No le gusta el acompañante que la ha traído aquí? ¿O acaso ha venido sin acompañante?

—No, no. Soy amiga de... Bueno, disculpe.

—¿De quién es amiga usted? ¡Oh, perdón que me presente! Soy Richard Hamilton, gerente del club.

—Me llamo Laura Hunter y he venido con el señor Crena.

—¿Le molesta estar en la penumbra? —inquirió el hombre al advertir que ella miraba en derredor.

—No, no. Debe ser ideal para el descanso. Disculpeme usted.

—La acompañaré al tocador, si me lo permite.

—Gracias. Bueno. La verdad es que buscaba al señor Crena. Me pareció que había entrado por una de esas puertas. No quise molestarle...

—En absoluto. Vamos. —Habían salido ya fuera y Crena se aproximó a la muchacha.

—¡Oh, Laura! Disculpa que haya tardado. ¿Ya conoces al señor Hamilton?

Hamilton comentó.

—Acabamos de conocernos. Le aconsejo que no deje sola a una muchacha tan hermosa, podrían quitársela.

—Lo tendré en cuenta, señor Hamilton —repuso Crena llevándose a la joven a la que preguntó:

—¿Dónde habías ido?

—Te buscaba simplemente... Y quería ir al tocador.

—Es ahí. Al fondo. —Y le señaló el camino.

Pero lo que Laura deseaba en aquel momento era advertir a Max. Presentía que estaba corriendo un grave peligro a tenor de las palabras que oyó pronunciar al portero.

Cuando estuvo cerca del lavabo buscó otra salida. No conocía en absoluto aquello y estaba desorientada.

Max estaba ya cerca del «Cadillac». Iba a meterse en él.

Laura observó a los camareros que entraban en la sección de servicios.

«Allí», pensó ella.

Entró por una puerta que distribuía las diferentes dependencias. Al fondo de un corredor creyó ver una puerta.

Echó a andar y comprobó que la puerta comunicaba realmente con el exterior. Giró el pomo y tiró. La salida le quedó franca.

Max acababa de encender un cigarrillo.

Ella buscó el coche. Max le había dicho la marca.

Era tarde. El «Cadillac» color crema, se alejó.

Laura hizo un gesto de contrariedad. ¿Cómo avisarle entonces?

La voz de Crena a su espalda la volvió a la realidad, y sintió un sobresalto.

—¿Qué haces aquí?

—¡Oh! Me... me sentía un poco mareada. Ésta es la verdad. — Intentó disimular.

—¿Mareada?

—Sí. Necesitaba aire fresco...

—Pero si el club está climatizado.

—Por favor... Deseo irme a casa. Pero no te molestes. Avisaré un taxi desde aquí.

—Nada de taxis. Nunca quieres que te acompañe. Y sigo sin saber dónde vives...

—Por favor, Edgar. Mi casa no tiene nada de particular. Ahora no serviría de nada.

—No te dejaré marchar...

Un taxi se detuvo al otro lado del recinto. Estaban bajando unos pasajeros. Ella miró angustiada.

—¿Tanta prisa te ha entrado? —inquirió Crena.

—No me encuentro bien, y cuando estoy así prefiero estar sola.

—Está bien. No insisto. Ve a tomar ese taxi que tanto miras.

—Gracias, Edgar.

El taxi iba a marchar. Ella le llamó con vehemencia:

—¡Taxi, taxi!

Crena no dejó de mirarla ni un solo momento, preguntándose qué se escondía tras aquella extraña actitud de la joven.

Pero él también tenía que hacer y prefería, al menos por aquella noche, tener las manos, libres.

Y entretanto, mientras Max daba un buen rodeo antes de encaminarse hacia su casa, un coche negro se detuvo en el callejón próximo al número 42 de Bay Street. Había cinco hombres en el interior. Sólo bajó uno a echar un vistazo y murmuró:

—Nada. Creo que nos hemos anticipado. Todavía no ha venido. Al menos aquí no hay ningún coche color crema.

—¿Subimos? —inquirió otro de los ocupantes del vehículo.

—No. Primero le esperearemos a él.

—Yo creo que es mejor ganar tiempo. Tú y Samy esperad abajo. Silbad fuerte cuando le veáis. ¡Vamos!

Cinco siluetas bajaron del auto. Eran hombres más bien jóvenes que usaban como vestimenta camisas llamativas o nikys y pantalones muy ajustados y sucios. Cuatro de ellos llevaban largas melenas, y uno adicionaba una barba rebelde de quince centímetros.

El de la barba y el que llevaba el pelo normal y vestía camisa negra fueron los que se quedaron, mientras los otros tres entraron en la casa.

Tenía únicamente dos plantas aparte de la del nivel del suelo. En la segunda vivía un tal Manson. Así lo decía el buzón para el correo colocado en el vestíbulo.

La puerta estaba cerrada con llave, pero uno de los melenudos debía ser especialista porque no tardó mucho en conseguir abrirla con un alambre retorcido que moldeó a su conveniencia.

Poco después el mismo especialista repetía la operación en la

puerta del apartamento de Max que también llevaba inscrito el nombre de Félix Manson.

Los tres melenudos se introdujeron en el apartamento.

Los de la calle seguían esperando. Uno en una acera y otro en la de enfrente.

A las dos de la madrugada la calma era total. No pasaba un solo transeúnte y sólo en cinco minutos cruzó un automóvil.

La luz más bien escaseaba en aquella parte de la calle. Las farolas por lo menos dejaban muchos rincones a oscuras.

Los que esperaban a Manson aguardaban precisamente en esos rincones.

CAPÍTULO IX

Laura, apenas se hubo alejado del club, tras haber dado al chófer del taxi las señas de Bay Street, le hizo detener cerca de una cabina telefónica.

Intentó llamar por teléfono al número de Max en el apartamento del centro, pero nadie respondió.

Pensó que él todavía no había llegado.

Siguió la rata y cuando llegó frente al 42 de Bay Street, no pudo advertir la presencia de los dos hombres que esperaban a Max. El coche negro metido en el callejón quedaba oculto, aparte de que no era ninguna prueba concluyente de sus sospechas.

—¿Se queda aquí? —preguntó el conductor.

Ella asintió y tras pagar el importe de la carrera corrió hacia la puerta. Estaba abierta. La empujó y corrió por la escalera, ante la atenta mirada del hombre de la camisa negra, que cruzó la calle para reunirse con el de la barba.

—Puede ser la inquilina del piso de abajo —murmuró el barbudo.

—Echaré un vistazo por si acaso —dijo el otro y entró en el vestíbulo, observando cómo Laura pasaba el primer rellano.

Pero la muchacha «notó» la presencia de alguien. Asomó ligeramente, mientras el que la observaba se retiró para no ser visto.

Pensó unos instantes y recordó que aun a pesar suyo no se trataba sólo de advertir a Max de cualquier peligro que le acechara, sino que ante todo debía evitar todo lo que pudiera comprometerle o delatar su calidad de espía.

Decidió volver a la calle. El hombre salió antes que ella ocultándose en el callejón.

Ella anduvo hasta la cabina situada a unos cincuenta metros, en la esquina de más abajo.

Cuando la vieron entrar, los dos del callejón cambiaron una mirada.

—Debe ser una amiga de ese Manson —murmuró el de la barba.

—Me gustaría saber a quién llama. No ha terminado de subir hasta el piso.

—Puede que te haya visto. Si llama a la policía...

Dudaron sobre lo que debían hacer.

Ella estaba marcando un número.

—Vamos —dijo impaciente el de la camisa negra.

—No, espera. Si le hacemos algo a ella... tiene que ser definitivo. ¿Verdad?

—Para que... no pueda identificarnos.

—Entonces hay que pensar.

—Hay que avisar a Vito. Que él decida.

—Pero ella tiene el teléfono ocupado ahora.

—Me acercaré —repuso el de la camisa negra.

Laura estaba hablando con Adams.

—... No... no sé nada en concreto —repetía ella—. Pero sé que en la escalera había alguien. Cuando he vuelto a bajar ha salido antes que yo y ya no he vuelto a verle.

—¿Estás en esa cabina? —preguntó la voz de Adams.

—Sí.

—Pues no te muevas. No tardaré.

—¿Dónde estás, Adams? Max sólo me dio tus números de teléfono, pero no me dijo dónde te habías instalado.

—Muy cerca. No te preocupes. No tardaré ni cinco minutos.

Adams colgó, pero ella fingió seguir hablando, al tiempo que miraba a través de los cristales de la cabina intentando ver si alguien se movía cerca de la puerta del apartamento de Max.

Y vio.

Vio al hombre de la camisa negra que se aproximaba y sintió un escalofrío.

Adams, por su parte, estaba relativamente cerca, ocupaba una buhardilla de Lawrence Street, detrás del callejón. Era lo más próximo que pudo encontrar.

Lawrence Street hacía esquina con Bay y la parte trasera de la buhardilla tenía un ventanal por el que podía verse los balcones traseros del número 42 de la calle, y la escalera de incendios que

descendía hacia el patio.

Adams miró a través de los prismáticos el balcón correspondiente al apartamento de Max, pero la gruesa cortina echada no permitía el paso de la luz. Daba la sensación de que no hubiese nadie. Adams ya había estado observando en anteriores ocasiones.

Decidió ir en busca de Laura, mientras tras aquellas impenetrables cortinas, tres hombres estaban poniendo patas arriba los muebles, intentando encontrar «algo».

Adams recogió su revólver y se lo colocó sujeto a la correa del pantalón. Luego tomó una chaqueta.

Cuando salía a la escalera, el hombre de la camisa negra estaba ya junto a la cabina, como si esperara a que la muchacha terminara de hablar.

Ella fingía estar dialogando todavía.

El hombre se aproximó un poco más. Su aspecto no inspiraba la menor confianza, pero ella fingió ignorarlo.

Adams estaba ya en la calle. Tenía que andar unos veinte metros hasta la esquina y luego doblar, la cabina estaba allí mismo.

Pero el de la camisa negra se impacientó y abrió la puerta.

—Es que creo que me he equivocado de señas... —decía a un imaginario interlocutor—. Sí. Estoy en Bay Street...

—¿Tienes para mucho, nena? —preguntó la voz metálica del hombre de la camisa negra.

—Un momento... Es sólo un momento. —Y ella trató de cerrar, pero el hombre se lo impidió con fuerza, reteniendo la puerta.

—Perdona... Alguien quiere llamar, tengo que colgar. —Y lo hizo cuando el agresivo hombre de la camisa negra se metía ya dentro de la cabina.

Ella intentó salir, pero él cerró la puerta.

—Espera, guapa... ¿Tienes mucha prisa? —inquirió.

La conversación de la joven parecía haber ahuyentado los temores del tipo y ahora ya no la miraba como una futura víctima sino como a un presunto entretenimiento.

Adams dobló la esquina y se fijó en lo que ocurría en la cabina. Aceleró el paso. Sólo tenía que andar cinco metros.

—¡Laura! —llamó.

Ella consiguió zafarse de la presión del de la camisa negra y

entreabrió la puerta.

A éste no le había pasado inadvertida la presencia del hombre que venía a por la muchacha.

La empujó hacia fuera mientras Adams se encaraba ya con el tipo.

—¿Qué te estaba haciendo ese tipo?

—¡A usted no le importa, amigo! —repuso el aludido.

—Déjale, Adams —repuso ella.

Pero Adams quería saber más. Intentó sujetar al intruso, pero el otro esgrimió una navaja.

—¡Atrás, Laura! —exclamó Adams. Y acto seguido se puso en guardia.

Retrocedió mientras el otro esgrimía la navaja como un consumado maestro del arma blanca.

Esperó la acometida para esquivar y pasar al ataque con un directo certero que mandó a su enemigo contra la pared del edificio próximo.

Intentó atacar de nuevo, pero su contrincante ya se había repuesto y contraatacó con la navaja.

Adams trató de impedir el golpe, pero su enemigo desvió la trayectoria del cuchillo.

Laura miraba aterrada el drama que se estaba desarrollando, cuando del callejón se aproximaba el otro individuo.

—¡Cuidado, Adams! —exclamó.

Pero Adams estaba inmóvil. Sus fuerzas le habían abandonado en el instante que su antagonista hundió la navaja en su abdomen.

Intentó aún sujetar la camisa negra, pero sus piernas flaquearon, se encogieron y cayó de rodillas al suelo sin que de su herida manara una sola gota de sangre.

Laura lanzó un grito, mientras el de la camisa negra, gritaba:

—¡Detenía, Chuck!

Era lógico que quisieran reducirla al silencio. Ella ya había visto demasiado, por eso echó a correr por la esquina, gritando:

—¡Socorro! ¡Socorro!

—¡Qué no escape, que no escape! —gritaba el tipo de la camisa negra.

El llamado Chuck salió en persecución de la joven que huía aterrada.

Camisa negra lanzó una maldición, mientras sacaba la navaja del cuerpo de Adams, hundida hasta la empuñadura.

Entonces surgió un chorro de sangre, mientras Adams intentaba decir algo, posiblemente las últimas palabras de su vida que jamás llegaría a pronunciar.

El agresor de Adams intentó arrastrar el cuerpo exánime de su víctima en el momento en que el «Cadillac» le Max doblaba la esquina tres calles más abajo.

Camisa negra dejó su intento y corrió a refugiarse en el callejón.

El agente del Tesoro condujo sin prisas y al pasar por delante de la cabina miró distraídamente hacia su derecha y creyó descubrir el cuerpo.

Frenó el automóvil y saltó rápidamente.

—¡Adams! —exclamó al reconocer a su amigo y colega.

Miró en derredor. La calle estaba vacía. Lo parecía al menos, pero Camisa negra, se había deslizado ya hacia la entrada del edificio donde vivía el agente, y subía rápidamente la escalera en busca de ayuda.

CAPÍTULO X

Antes que buscar a los agresores de su amigo, Max pensó que lo primero era auxiliarle y entró en la cabina telefónica.

—¡Una ambulancia, deprisa! Es en Bay Street, esquina Lawrence. Hay un hombre herido que está muy grave.

Colgó y miró hacia su casa. Comprendió lo que había sucedido y pensó durante unos segundos junto a su amigo que continuaba inmóvil.

Esperaba a que apareciese la ambulancia, pero antes, vio surgir a los cuatro hombres del portal de su casa y les vio dirigirse hacia el callejón.

Sin dudarle corrió hacia ellos que se ocultaron en las sombras de la calleja.

Detuvo su marcha, haciéndola más lenta. Sabía que se estaba jugando la piel, pero pensaba en su amigo.

Antes de llegar al callejón, se ocultó en un portal y aguardó unos instantes, tratando de descubrir el más mínimo ruido que permitiera indicarle la proximidad de sus enemigos.

Transcurrieron varios segundos. Max palpó el duro contacto de la pistola que llevaba en su funda sobaquera. Aquello le producía una cierta tranquilidad.

A lo lejos se escuchaba el aullar de una sirena. Tal vez podía ser la ambulancia.

Salió del portal y avanzó un poco más, casi hasta el borde del edificio.

La sirena se oía cada vez más cerca.

De pronto el rugido de un motor en marcha le hizo comprender la verdad. Los cuatro forajidos también habían oído aquella sirena y no deseaban encontrarse allí cuando llegara el vehículo sanitario, o quienquiera que fuese.

Su negro coche salió raudo del callejón. Alguien asomado a la

ventanilla posterior disparó con un revólver provisto de silenciador.

Max tuvo que lanzarse al suelo para evitar los disparos.

El auto se alejó, mientras el agente del Tesoro, tras dar un par de vueltas quiso disparar, pero lo pensó mejor. La ambulancia ya estaba cerca, su amigo Adams sería atendido inmediatamente, por lo tanto tenía las manos libres para seguir a los fugitivos.

Retrocedió en fantástica carrera para llegar hasta su coche que seguía con el motor en marcha y la puerta abierta. Pisó a fondo el acelerador y comenzó a perseguir a los fugitivos que ya se alejaban de la zona central de la ciudad, hacia el Oeste por el Olympic Boulevard.

Le llevaban más de quinientos metros de ventaja, pero Max era un buen conductor y no temía a la velocidad.

Las ruedas traseras de su «Cadillac» se desplazaron al tomar la curva a más de 90 por hora.

Los fugitivos seguían manteniendo las distancias a lo largo del ancho *boulevard*. Seguían la recta interminable en dirección al Sur de Beverly Hills.

Durante tres kilómetros se mantuvieron las posiciones. Después la vía giraba a la izquierda en oblicuo hacia Santa Mónica.

La nula circulación permitía mantener la velocidad que alcanzaba ya los ciento cuarenta, los ciento cincuenta.

El «Cadillac» aguantaba mejor que el coche fugitivo, que más al sur viró a la izquierda otra vez como si quisiera dirigirse al aeropuerto Municipal de Santa Mónica.

Las calles cortas, pero rectas y con esquinas iguales, despistaron ligeramente a Max que perdió unos segundos preciosos, mientras los perseguidos daban un rodeo y detenían el auto cerca del descampado adjunto al aeropuerto.

Max tuvo que clavar el «Cadillac» frente a la valla que le impedía seguir adelante.

Estaba al final de la Wesley Avenue, junto a Ocean Park, tocando al mismo aeropuerto.

Miró en derredor buscando a sus perseguidores. Todo estaba en silencio. A lo lejos pudo ver las luces del pequeño aeropuerto.

Decidió adentrarse a pie por un callejón donde abundaban los cerrados depósitos de mercancías.

Podía escuchar el resonar de sus propios pasos.

Al llegar a la esquina se detuvo. ¡Allí estaba el coche negro que había estado siguiendo por espacio de diez minutos!

Se pegó a la pared y asomó ligeramente la cabeza. El coche estaba vacío.

«No pueden andar lejos», pensó para sí, aguzando el oído.

Escuchó unas pisadas que se aproximaban. Se volvió. Procedían del interior de uno de los almacenes. Entró con sigilo y aguardó.

En la oscuridad pudo advertir grandes montones de mercancías. Eran balas de algodón, fardos, enormes cajas, Todo ello formaban corredores. Echó por uno de ellos procurando que sus pisadas no le delataran.

Entretanto, Laura, exhausta, seguía todavía corriendo, perseguida por el barbudo Chuck, al que no conseguía desorientar, a pesar de los continuos rodeos que daba en busca de alguien que le auxiliara.

Por fin, cerca de North Broadway, vio pasar un taxi a escasa velocidad, y le llamó a todo pulmón:

—Taxi, taxi.

El conductor se detuvo y ella logró alcanzarlo cuando Chuck asomaba por la esquina.

Extenuada se derrumbó en el asiento posterior.

—¿Qué le ocurre, señorita?

Vio a través del cristal posterior al individuo que se había detenido y creyó comprender.

—¿Necesita ayuda?

—Lléveme al distrito de Highland Park. Dese prisa —repuso ella cuando consiguió acompañar su respiración.

El taxi se puso en movimiento.

Max había recorrido un trecho del corredor entre cajas y balas de algodón, cuando en una esquina apareció uno de los tipos a los que buscaba.

Instintivamente se volvió. Detrás había surgido otro.

Hizo un movimiento rápido para sacar su revólver de la funda sobaquera, cuando algo le cayó encima y le derribó sobre el suelo de cemento.

Era un tercer tipo abrazado a él, el cual rodó por el suelo intentando sacudírselo.

Pero cuando lo consiguió, ya tenía a los otros dos encima.

—¡Sujetadlo bien! —dijo una voz. Era el de la camisa negra, que se unía al grupo.

Max soltó un directo contra el que tenía más próximo y consiguió derribarlo, pero dos pares de poderosos brazos lograron sujetarles los suyos mientras Camisa negra se aproximaba a él.

Max utilizó a los que le sujetaban como punto de apoyo y catapultó sus piernas hacia adelante, alcanzando el abdomen de Camisa negra, que lanzando un grito fue a parar contra la pared de cajas que se tambalearon ligeramente.

El que había derribado primero se puso en pie dispuesto a atacarle, pero la fuerza que el agente desarrollaba había debilitado la resistencia de los que le sujetaban y consiguió desasirse de uno de ellos, al que pegó con toda su fuerza, alcanzándole en plena barbilla.

El tipo cayó contra el otro y entre ambos se hicieron un lío y fueron a parar al suelo.

Pero el que aún le aguantaba le propinó un golpe en la columna vertebral que le inmovilizó por unos segundos.

Por detrás se aproximó Camisa negra, que utilizando el revólver que había aparecido en su diestra, le propinó un certero culatazo que acabó con la resistencia de Max, que cayó sin sentido.

—Vamos. Hay que sacarle de aquí —dijo el de la camisa negra.

—¿No acabamos con él? —preguntó uno de sus melenudos.

—Aún no. Primero tiene que decirnos dónde escondió lo que buscamos —repuso Camisa negra.

CAPÍTULO XI

Max despertó con las ropas ligeramente mojadas y oliendo la gasolina.

No había mucha luz, pero la suficiente para advertir que estaba en un pequeño garaje.

Cerca de donde estaba se hallaba una furgoneta, y casi al lado tenía el coche negro.

Era un garaje particular y no estaba solo en él.

Vio a un par de hombres cerca. Eran dos de los que le habían atacado y hablaban con otro al que llamaban Chuck.

—Lo siento, la chica se escabulló. Hice todo lo que pude, pero la maldita corría como un gamo. Encontró un taxi y ya no pude hacer nada.

Entonces Max, desde el suelo, escuchó la voz de Camisa negra que estaba detrás de la furgoneta:

—Esta chica lo vio todo. ¡Y me vio a mí! ¡Eres un inútil, Chuck! Lo que te sobra de pelo te falta en inteligencia.

—¡Te he dicho que no podía hacer nada, Jake!

—Tienes un revólver, ¿no? Hubieses podido disparar. Un testigo muerto no sirve de nada.

—Para empezar, tú no debiste matar a aquel tipo, y nos hubiésemos ahorrado líos. Todo salía bien. —Gruñó Chuck.

—¿Todo bien? ¿Y dónde está el dinero, eh? —espetó Camisa negra.

Ahora miraba a los demás, y uno de ellos comentó:

—Bueno. Buscamos bien en todas partes, pero allí no estaba. Nos faltaba poco por mirar cuando subiste tú.

Camisa negra se volvió hacia donde estaba Max que se fingió inconsciente.

—Él nos lo dirá. ¡Despertadle! ¡Vamos! Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Max se había dado cuenta ya de que le habían desposeído del revólver que llevaba en la funda sobaquera. Ahora tenían dos caminos, sorprenderles antes de que le «despertaran» o seguir el juego.

Pues que se había metido mi aquello para llegar a descubrir la verdad, se dijo que era mejor seguir el juego hasta las últimas consecuencias.

Se incorporó antes de que los que habían ido a llenar un cubo de agua para despertarle regresaran.

—¿Eeeh? ¿Qué pasa? ¿Es que no sabéis hablar sin dar golpes? —murmuró incorporándose.

Alguien sacó un revólver encañonándole.

—Calma, calma. Sólo deseo saber quién demonios sois. ¿Y qué queréis? Yo no os he hecho nada.

Camisa negra se aproximó.

—¿Por qué nos seguiste? —preguntó.

—Os vi salir de mi casa. Esto es todo.

—Hay otro apartamento en aquel edificio.

—No vive nadie en él. Yo soy el único inquilino, y no me gusta que me visiten cuando no estoy... ¡Vamos! ¿Qué queréis de mí?

—Tú sabes lo que queremos —repuso Camisa negra.

—Si no me lo decís... Yo no soy ningún adivino.

Jake Camisa negra, siguió llevando la voz cantante:

—El dinero, amigo. Tú tienes un montón de «pasta», y nosotros sabemos de dónde la obtuviste.

Max sonrió como un estúpido.

Camisa negra ordenó:

—Sujetadle.

Max sabía lo que le esperaba, pero no hizo intención de evitarlo. Se vio sujeto y se resignó. Era el precio que debía pagar.

Cuando dos pares de potentes garras le tenían bien sujeto, Jake se aproximó, calculó bien sus fuerzas y le golpeó en el abdomen.

Max había contraído los músculos para «parar» el golpe, pero fingió que le había dañado.

—Ahora estamos en paz... De ti depende de que se incline la balanza a mi favor —siguió Jake.

—Tienes un extraño modo de hacer las paces. —Escupió como si le doliera el golpe, que en realidad sólo había sido capaz de

aguantar gracias a su cualidad de saber encajar, arte más difícil que el de saber tener buena pegada.

—¡Al grano! Empieza por el principio. Robaste el dinero de la fábrica Spellman.

—No sabía que ese dinero estuviera marcado... ¿Cómo diablos podéis saber...? Vosotros no sois policías.

—Lo sabemos y no te importa cómo —cortó Jake.

Los otros dos que estaban libres de manos le miraban atentamente, atentos a la menor reacción subversiva de Max.

—¿Dónde tienes ese dinero? —inquirió Jake.

—Lo queréis vosotros, ¿eh? —sonrió Max—. Bueno... Podemos llegar aun acuerdo.

—Los acuerdos los dicto yo... —Y Jake sacó su cuchillo y lo aproximó a la garganta del agente.

La fría y afilada hoja rozó la epidermis de Max que puso ojos asustados y fingiendo un temblor que no era ni mucho menos tartamudeó:

—No, no... No juegue con esto, amigo.

Entretanto, en su interior pensaba:

«Fuiste tú... tú, maldito hijo de perra, quien mató a Adams. Ese cuchillo parece probarlo».

Jake, con firmeza y sin separar la punta de la navaja del cuello del agente, comentó:

—No tienes mucho valor para ser un sujeto que ha logrado un golpe con tanta limpieza... ¿Quién eres en realidad? ¿Eh? ¡Vamos! Estoy esperando tu respuesta.

—Bueno... Yo... tengo muchas ideas y puse en práctica una de ellas. Valiéndome de un aparato especial. Me costó mucho dinero adquirirlo... ¿Sabéis? Éste ha sido un buen golpe...

—Yo diría más bien que ha sido tu último golpe...

—No pensaréis matarme... ¡Aparta la navaja, por favor! Hablaré. Diré dónde tengo el dinero, y a repartirlo.

—Lo queremos todo, amigo. ¡Todo! —espetó Jake sin apartar el arma de la garganta del joven.

—Entiendo... O eso... o me seccionas la yugular, ¿no?

—Veo que lo has entendido —repuso la voz metálica de Jake.

Tras un silencio, Max murmuró:

—Bueno, pero... si me matas, no sabrás dónde tengo el dinero.

Jake hizo presión en la navaja y Max sintió como su piel estaba a punto de rasgarse.

—Bu... bueno... Adelante —fingió un alarde de valor—. Acaba conmigo. Pero te quedarás sin los dólares. Hay más de trescientos cincuenta mil, más... Y están bien escondidos.

Jake tenía un brillo especial en sus ojos. Cualquiera hubiera pensado que estaba a un paso de hundir su navaja en el cuello del agente.

Max puso a prueba su temple, su sangre fría, su absoluto dominio de todos sus impulsos.

Por fin Jake rompió el silencio para soltar:

—Si está escondido como tú dices... Una vez estés muerto... ya no aparecerá. Y esto es lo que nos importa. ¿Entiendes?

Max sí que lo entendía. Sabía que lo que perseguían aquellos tipos era que aquel dinero no fuera puesto en circulación. Y lo que a él le interesaba descubrir era el motivo y sobre todo por qué el hombre que les había mandado contra él tenía tanto interés.

Decidió por tanto jugar su baza.

—Sé que podríais dejarme que la policía me echara el guante... pero no os interesa. ¿Verdad? Y yo sé que no os interesa...

Jake aflojó la presión que ejercía con la navaja al cuello del joven.

—¿Qué quieres decir?

—Me di cuenta al contar el dinero de lo que sucedía... ¡Maldita sea! ¡El mejor golpe de mi vida para que luego resulte que no valga más de lo que pesa como papel!

Jake frunció el entrecejo.

—Sigue, amigo.

—Es falso. Billetes de diez dólares más falsos que Judas. Pero ¿qué iba a hacer con ellos? Me había costado esfuerzo ganarlos y decidí gastarlos... Y me pregunto, ¿qué puede importaros a vosotros? A menos que... el tipo que os paga tenga un especial interés... Se han dado cuenta muy pronto, pero ¿quién? Yo sólo lo gasté en el Pacific Club... ¿Os mandan de allí?

—No hagas preguntas. Desembucha. ¿Qué más sabes?

—No importa lo que yo sepa. Lo que cuenta es lo que he dicho a los otros. ¡A mis amigos! Ellos saben tanto como yo. Y están muy enfadados porque el golpe les ha salido de vacío...

—Tus amigos, ¿eh?

—Sí. Y si a mí me ocurre algo, ellos ya saben lo que tienen que hacer... Pero siempre se puede llegar a un acuerdo.

Aquello cambiaba la cuestión, y Jake dejó de presionar el cuello del agente que añadió:

—Quizá me rinda más a pasar moneda falsa. Estoy dispuesto a colaborar... si me presentáis a vuestro jefe... Y no me digáis que es Spellman o Bradford. Esos tipos están forrados de billetes. Alguien debió meter el dinero en la caja. ¿No?

—Cierra el pico. —Gruñó Jake.

—Bueno. Ya sabes el trato. Quiero hablar con vuestro jefe.

—Del grupo... el jefe soy yo. Y tengo poderes para decidir.

—No te hagas el fanfarrón conmigo. A ti te manda alguien... Si me matas te pedirán explicaciones porque mis amigos no dejarán el asunto zanjado ni mucho menos. ¿Comprendes? Y actuarán más inteligentemente de lo que he hecho yo.

Chuck se apresuró a intervenir.

—Deberías llamar a...

—¡Calla! —cortó Jake—. Yo sé lo que tengo que hacer.

CAPÍTULO XII

Edgar Crena se aproximó al vestíbulo, donde permanecía Vito, el estirado portero del Pacific Club.

—¿Hay noticias? —preguntó sin mirarle.

—Aún no —repuso el portero sin apenas mover los labios.

—Bien... Estaré en el ambigú. Avísame.

—De acuerdo.

Iba a salir cuando sonó el teléfono. Crena esperó a que Vito se pusiera al aparato.

Tras cambiar unas palabras en voz queda, se volvió hacia Crena.

—Es Jake. Le tienen cogido. Parece que el tipo sabe bastante.

—¡Déjame, yo contestaré! —repuso Crena y tomó seguidamente el auricular.

Jake le informó.

—Quiere hablar con el jefe. Podría ser interesante. Espero Sus instrucciones.

Crena lo pensó sólo un segundo.

—¿Estáis en el garaje?

—Sí.

—Bien. Voy para allí.

Colgó y se dispuso a salir.

—¿Necesitas algo? —preguntó Vito.

—Espero que no.

Crena salió para dirigirse hacia su automóvil, pero al llegar donde estaba el auto vio a alguien dentro. Iba a decir algo cuando una voz ordenó:

—Sube y no hagas ninguna tontería.

—Pero...

—¡Vamos! ¡Obedece!

La orden iba acompañada de la significativa presencia del cañón de un revólver al que estaba acoplado un silenciador. El arma salía

de la ventanilla trasera del coche.

Crena comprendió que no se trataba de ninguna broma y obedeció.

Puso el auto en marcha y esperó a que el del revólver, a quien conocía bien, le diera instrucciones.

—Hacia el norte, por la costa.

—Oiga, yo...

—Silencio. No te vuelvas. La mirada adelante, no quiero que ocurra ningún accidente.

—Pero...

—¡Obedece!

No hubo posibilidad de comentario, y Crena, a través del retrovisor podía ver la siniestra silueta de su acompañante, y aquel revólver que no dejaba de apuntarle a la nuca.

Recorrieron un largo trecho hasta los alrededores de Vista del Mar, la extraña y solitaria franja arenosa que se extendía hacia el norte.

Allí el hombre del revólver mandó a Crena que detuviera el coche.

—Sal y empieza a andar.

—Pero... ¿qué pretende?

—¡Sigue adelante!

Crena creyó adivinar el final. Aquel revólver le empujaba hacia la playa. Al fondo, junto al agua, podían verse unas cuantas barcas amarradas, eran botes de motor fuera borda de las que alquilaban para pequeñas excursiones.

El hombre del revólver obligó a Crena a botar uno de aquellos botes.

—Pero... ¿qué es lo que pretende? No... No quiero que...

Se revolvió. Sabía que iba a morir y cayó fulminado. El del revólver le disparó tres veces, a quemarropa. La sangre manó rápidamente de cada uno de aquellos agujeros, pero las suaves olas cuidaron de limpiar las manchas de sangre caídas sobre la húmeda arena.

Seguidamente el asesino cargó el cuerpo al bote y lo puso en marcha.

A suficiente distancia de la costa, donde las aguas eran más profundas, arrojó el cadáver que se hundió rápidamente. Luego el asesino regresó.

* * *

—¿Qué pasa? —espetó Jake al teléfono—: Llevamos cerca de una hora esperando. Crena dijo que iba a venir.

Vito respondió:

—Salió inmediatamente después de hablar contigo.

—¡Pues aquí no ha llegado, Vito! Tú verás lo que hacemos.

—Esperad. Trataré de averiguar lo que pueda.

¡Crena, Vito! Dos nombres que Max pudo oír perfectamente porque Jake había utilizado el teléfono que existía en un rincón del mismo garaje donde se hallaba retenido.

Fingió no dar importancia a los nombres y cuando Jake regresó del peor talante murmuró:

—¿Qué pasa? ¿No es suficiente plantón ya? ¿Por qué no vamos a casa del jefe?

—Tú cierra el pico. —Gruñó Jake.

Los hombres se impacientaban a medida que pasaba el tiempo. Chuck se aproximó a Jake y murmuró:

—Esto no me gusta. No me gusta nada.

—Bueno. ¡Y yo qué diablos puedo hacer!

Otro del quinteto, a quien Max había oído cómo le llamaban Gargan se unió a Jake y a Chuck para sugerir.

—¿Por qué no acabamos con ese tipo?

—He dicho que esperaremos a Crena.

Max intervino:

—Supongamos que Crena haya caído en manos de la policía...

Jake se revolvió:

—¿Qué estás diciendo?

—Bueno... ¿Por qué no? Si trafica con moneda falsa, quizá ha cometido un error... Quiero decir que... si hay algún otro, podríais intentar hablar con él. ¿O es que ese Crena es el jefe?

—Quieres saber demasiado. —Gruñó Jake.

—Sí... Demasiado —repitió Gargan—. Estás viviendo de propina.

—No. No vivo de propina. Aunque vosotros tengáis las armas, sabéis que yo puedo haceros el daño... Si mis amigos ven que no regreso comenzarán a impacientarse y cuando se impacientan suelen ser muy peligrosos.

Gargan se aproximó. Calmó su nerviosismo en el agente,

descargándole un revés en pleno rostro.

Max aguantó bien, pero mentalmente se dijo: «Éste te lo debo».

* * *

Transcurrió otra hora. Despuntaba el alba y el nerviosismo de los cinco hombres había llegado ya a su punto máximo.

—¿Por qué no hacemos una cosa? —preguntó Max—. Vayamos a casa de ese Crena. No vamos a esperar aquí toda la noche.

Gargan volvió a aproximarse y le miró retador.

—Yo sé lo que voy a hacer. —Sacó su revólver.

—¡Cálmate, Gargan! —Gruñó Jake.

—¿Por qué? ¡Acabamos ya! Es un estorbo. Un maldito estorbo.

—Guarda el revólver. ¡Chuck! Tú y Gargan id a casa de Crena. Quiero saber qué pasa. Si no le encontráis, ir a ver a Vito, todavía estará en el club.

—¡Es que vas a hacer todo lo que él te diga! —exclamó Gargan. Seguía cerca de Max que con una sonrisa murmuró:

—Es porque mis ideas son mejores que las tuyas.

Gargan, sin poder contenerse, elevó el revólver para descargarlo contra el rostro del agente, pero esa vez Max reaccionó de forma distinta. Paró el golpe y pasó al contraataque con un directo en el abdomen de su enemigo seguido de un gancho de izquierda que le mandó al suelo, dejándole casi inconsciente.

—¡Basta! —Rugió Jake—. Haz el favor de no volver a provocar. Si no seré yo mismo quien acabe contigo.

Gargan, medio aturdido, comenzó a levantarse, cuando sonaron unos golpes en la puerta. Aquello cortó la tensión.

Alguien fue a abrir y al otro lado la voz de Vito se anunció.

Cuando el portero del Pacific doto avanzó hacia los demás, Max acentuó su ironía:

—¡Vaya! Si parece que estemos en familia... ¡Y ahora recuerdo dónde oí el nombre de Crena! ¡Fue también en ese club!

Vito miró fríamente a Max y murmuró en general.

—No le perdáis de vista. ¡Vamos, Jake! Quiero hablar contigo...

—¿Qué pasa? —Gruñó Chuck—. ¿Es que los demás no podemos saberlo?

—Sí, podéis saberlo. Crena ha desaparecido. No está en esta casa, ni en ninguno de los sitios que acostumbra a frecuentar, pero Edda vio su coche cuando salía del club. Dijo que iba con alguien.

Al menos eso le pareció, se dirigieron hacia el norte por la ruta de la costa. En dirección a Vista del Mar^[3].

—Es extraño —murmuró Jake.

—Bien, hablemos del señor... Félix Manson —dijo entonces Vito volviéndose hacia el agente.

—Dije que hablaría sólo con el jefe —sonrió Max.

—No me gusta usted, señor Manson. No me gustó desde el instante en que pisó el club. No me gusta su soberbia —Vito hablaba pausadamente, pero sus palabras eran una constante amenaza que a Max no le pasaba inadvertida. Comprendió que aquel hombre de estatura más bien baja, estirado y calmoso, era el más peligroso de todos.

Y Vito siguió hablando.

—Ahora las cosas han cambiado y se acabaron sus exigencias. Así que... tendrá que entendedérselas conmigo o diré a los muchachos que acaben de una vez con usted. Ya nos ha causado bastantes problemas.

—Creo que le he menospreciado, Vito —sonrió Max—. Me parece usted un hombre más razonable que ellos. Al menos habla sin levantar la voz. Podríamos hablar a solas... y estoy seguro de que llegaríamos a un acuerdo.

—¿A qué clase de acuerdo?

—A uno que nos conviniera mutuamente. Yo puedo serle útil. Muy útil, Vito.

—Veremos. —Y volviéndose hacia los otros, Vito inquirió—. ¿Qué habéis conseguido?

—Nada. No quiso decir dónde guardaba el dinero.

—Lo tienen mis amigos, y no lo soltarán. Muerto no les sirvo, y además ellos seguirán derrochándolo y a ustedes eso no les conviene. De lo contrario no tendrían tanto interés.

—¿Está jugando con fuego, se da cuenta?

—Y ustedes están en un atolladero.

—Vito, yo... —empezó Gargan, con aspecto amenazante.

—Calla, Gargan, no perderemos nada en... probar sus servicios. Cuando se aclare lo de Crena ya decidiremos. Llevadlo con vosotros...

—¿Cómo prisionero? —inquirió Max—. No acabo de fiarme de esos sabuesos, Vito.

—No somos tan ingenuos, amigo. De momento recibirá órdenes y las obedecerá. Sólo así podrá probamos su buena voluntad. Y la primera orden es que nos entregue todo el dinero. Dos de los muchachos le acompañarán.

—¡Oh, no! Una vez el dinero en su poder me liquidarían fácilmente.

Vito comprendió que no sería fácil tratar con Max y mientras pensaba en lo que convenía hacer, el agente preguntó:

—¿Por qué no se sinceran conmigo? Si vamos a colaborar juntos, me gustaría estar al cabo de la calle.

—¿Qué quiere decir?

—¿Por qué no quieren que gaste alegremente estos dólares? Al fin y al cabo los riesgos los corro yo solito.

—Le diré por qué, señor Manson —repuso el portero—. Lo que no queremos es que le detengan. La policía le busca. Cuando le encontraran el dinero podrían descubrir la falsificación y es eso lo que pretendemos que no se descubra.

—Es lo más absurdo que he oído en mi vida. Invente una excusa mejor.

—No es una excusa. Ya hizo bastante pasando esos billetes en el club.

—¿Quién lo descubrió?

—Eso no le importa.

—Vito, hablemos claro... Tarde o temprano los agentes de la Tesorería descubrirían esos billetes. Seguirían el rastro y averiguarían que salieron de la fábrica Spellman, Bradford & Co, de San Eugenio. ¿Qué más da que lo descubran de uno u otro modo?

—Usted no puede entenderlo, señor Manson. Ya hablaremos.

Vito hizo la intención de retirarse, pero Max le llamó la atención.

—¡Espere, Vito!

El portero se volvió en silencio.

—¿De dónde sale ese dinero? ¿Del club?

Vito no contestó, pero el agente del tesoro insistió:

—Cuando he cambiado las fichas en el club me han devuelto dinero falso, igual al que yo entregué, pero usado ya, dinero que había corrido. No era de la misma remesa que yo entregué.

—¡Entiende usted mucho en moneda por lo que veo, señor

Manson!

Vito no contestó.

—Lo que no comprendo es que Spellman o Bradford necesiten pagar a sus empleados con moneda falsa... Alguien debió llevarla allí. ¿Crena?

Vito se alejó sin contestar a las preguntas de Max.

CAPÍTULO XIII

A Max le adjudicaron un camastro en una habitación que debía compartir con Gargan y otro de los que formaban el quinteto.

Era en el piso superior del garaje. Las ventanas estaban cerradas y cuando intentó abrirlas para saber dónde estaba, Gargan se lo impidió.

Por lo que había visto, el piso donde se hallaba tenía otro dormitorio que ocuparon los otros tres hombres. Vito se había ido.

Las otras dependencias eran una sala, con la cocina incorporada y el retrete. Era la misma superficie que ocupaba el garaje en la planta baja. Para entrar no había más puerta que la que había utilizado Vito, la del garaje.

Cuando se desnudó y se metió en el camastro, comprendió que tanto Gargan como el otro iban a turnarse para vigilarlo, por lo que Max dio la vuelta para dormir.

Gargan hacía la primera guardia. Max no tardó en roncar, pero sus ronquidos eran totalmente fingidos, porque lo que necesitaba era salir de allí.

Había dejado una bombilla encendida que daba a la estancia un aspecto tétrico. Max consultó el reloj y advirtió que eran las cuatro de la madrugada. Aguardó y siguió roncando.

A las cinco y media, Gargan estaba medio adormilado, pero de vez en cuando reaccionaba.

Un cuarto de hora más tarde quiso cerciorarse si Max dormía y se aproximó con el revólver en la mano. Aplicó el cañón a la cabeza del agente que había advertido su presencia entreabriendo una fracción de segundo los ojos.

Permaneció inmóvil, como si realmente estuviese dormido y aquello satisfizo a Gargan que dio la vuelta para guardar el arma.

Max aprovechó la ocasión para actuar. Saltó raudo de la cama, y antes de que Gargan pudiera advertirlo le sacudió con el canto de la

mano un par de veces, en las vértebras y nuca respectivamente. Luego evitó que cayera al suelo y con el ruido despertara al otro.

Se cercioró de que los golpes dados en los puntos precisos le habían dejado totalmente inconsciente por algún tiempo y lo colocó en la cama, cubriéndole con la sábana.

Seguidamente Max salió de la estancia y fue al cuarto de baño. Encostró un pintalabios que al principio no le extrañó. Fue después que se preguntó, ¿qué diablos hacía un pintalabios en aquella casa?

Lo utilizó para escribir en el espejo: «Tengo que advertir a mis amigos. Volveré».

Bajó al garaje y tras abrir rápidamente las puertas, tomó la furgoneta y se alejó.

Al principio le costó orientarse. Estaba en una zona de las afueras. Un gran espacio abierto y a lo lejos zonas nuevas en plena urbanización.

Tras seguir la calle que tenía muy escasas edificaciones, dobló a la derecha.

Condujo durante diez minutos y empezó a orientarse. Estaba en Lakewood, a unos siete kilómetros de Long Beach, tomó la autopista para dirigirse hacia el centro. Su destino era el apartamento de Bay Street.

Lo encontró como lo imaginaba, completamente revuelto. Apenas había terminado de inspeccionarlo todo cuando alguien golpeó con los nudillos la puerta.

Max buscó un revólver de repuesto que guardaba detrás del armario de baño.

Al salir se encontró con Woods.

—¡Oh! —exclamó.

—Laura me dio la llave y me explicó lo que había ocurrido. ¿Dónde diablos te habías metido? —Gruñó el inspector.

—He venido para contarle todo. Pensé que aún era temprano. Quería ver cómo habían dejado el piso.

—¡Maldita sea! ¿Crees que alguien ha podido pegar un ojo esta noche?

—No, me lo imagino, Woods... Bueno. ¿Cómo está Adams?

Tras un silencio muy significativo, Woods bajó la cabeza y murmuró:

—Ha muerto.

—¡Dios mío!

—¿Todavía piensas seguir adelante?

—Ahora más que nunca, Woods. ¡Maldita sea! —Trató de serenarse—. Estoy con ellos, pero no sé si es su guarida oficial o tienen otras. Aún no he podido averiguar quién maneja los hilos, pero sé que lo conseguiré.

—Quiero estar al corriente de todo, Max.

—Woods... Usted lo arreglará todo con la policía para que no hagan demasiadas preguntas, pero...

—¿Qué traes entre manos?

—Crena ha desaparecido. Busquen por Vista del Mar. Le llamaron para tener una charla conmigo. Creo que están un poco desorientados. Algo debe haberles fallado.

—¿Y dices que Crena ha desaparecido?

—Sí. Eso he dicho. Puede que lo hayan matado. Busquen por el mar, si es preciso. Si le han matado, quiero saber quién ha sido y por qué. Quizá esto sea la clave.

—Dame las señas de dónde has estado.

—Me retuvieron en Lakewood.

—¿Lakewood?

—Sí, inspector, pero no quiero ninguna ayuda. Hay que andar con tiento. Ahora es cuando realmente me la juego.

—Precisamente por esto... Además, está el asunto de la muerte de Adams. La policía hace preguntas.

—Sé quién es su asesino. No tengo la prueba, pero juraría que ese Jake fue quien le mató.

—Jake, ¿qué?

—Aún no lo sé. Pero espero poderle dar pronto un informe completo.

—No puedo darte más de veinticuatro horas, Max. Ya he perdido a un hombre.

—Más lo siento yo, Woods. Adams era un buen amigo.

—Veinticuatro horas, Max. Ni un minuto más. Volveré por ese informe. Ahora anota dónde puedo encontrarte.

Max miró con recelo a su jefe que se apresuró a contestar su muda pregunta.

—No. No intervendré. Te doy mi palabra, pero quiero saber dónde estás y lo que haces.

—Le haré un plano del lugar —repuso Max.

* * *

Era por la tarde, cuando acudió al cementerio donde fue enterrado Adams.

Laura estaba con él.

No había nadie más, porque Adams no tenía parientes. Max comentó:

—Un día dijo que yo era como el hermano que siempre le hubiera gustado tener. ¡Dios mío! Su vida fue un continuo sufrimiento. Huérfano desde la infancia... mientras otros eligen el mal camino y la gente les llama los pobres marginados sociales, mientras no les molesten a ellos. Adams supo resistir las tentaciones fáciles y escogió la senda del bien... Ya ves. Para morir como un perro, en mitad de la calle, a manos de un mal nacido. Y lo peor es que me siento responsable.

—No, Max. Tú no tienes la culpa. Tenía que ser así. Es esa profesión.

—Woods me dijo que tú también corriste un grave peligro.

—Quería advertirte, Max. Oí cómo Vito llamaba por teléfono a alguien. Entendí que querían salirte al encuentro.

—Me lo figuré No me fui enseguida, ¿sabes? Quería ver si se habían dado cuenta de que mis dólares eran falsos. Supuse que en principio querrían registrar mi apartamento. Advertí bien claramente cómo Bradford tenía mucho interés en conocer mis señas. Les di tiempo.

—¿Bradford? ¿Crees que... él?

—No lo sé. Bradford, Calvert. Creo que no hay nadie de fiar en ese club.

—Hay otro hombre. Se llama Hamilton. Pertenece al club. Es... el gerente según me dijo.

—A ése no le conozco... Tendré que dejarte, Laura.

Woods sólo me ha dado veinticuatro horas. No te muevas de tu casa. No quiero que corras riesgos.

—Ya ves que no me ocurrió nada... El que me perseguía se llama Chuck. Oí cómo le llamaban.

—Sí. Es el barbudo. A mí también me gustaría poderme despachar a gusto, pero ello no nos ayudaría a llegar hasta la cabeza... Para mí que esa gente no son más que subordinados de

segundo o tercer orden. Y es hasta arriba donde necesito llegar. Hasta el que da las órdenes, al que lleva el asunto de la falsificación. Tiene que ser alguien... importante.

—Entonces... Crena... —empezó ella.

—No. Crena debe ser sólo un tipo de poca monta... o acaso «era» una pantalla. Me gustaría saber qué ha podido averiguar Woods.

* * *

—Un bañista le ha encontrado esta tarde, Max —informó Woods por teléfono—. Estaba buceando, el cadáver se había enganchado en unas rocas. Es Crena, seguro.

—Asesinado, ¿no?

—Tiene tres orificios de bala. ¿Cuándo vuelves con ellos?

—Ahora mismo. No empiece a contar aún el tiempo, Woods. ¡Ah! Y que anuncien lo de Crena por la televisión y la radio. Que repitan la noticia constantemente, quiero que se enteren. Esto puede precipitar los acontecimientos.

—Procura comunicarte conmigo.

—De acuerdo. ¡Otra cosa! Que vigilen los ingresos de los obreros de la Spellman, Bradford & Co. Quiero saber si les han pagado con moneda auténtica.

Sin más indicaciones que hacer, Max colgó dispuesto a volver a la boca del lobo.

CAPÍTULO XIV

Allí estaban, esperándole en el garaje. Los cinco. Le miraban de manera hostil, en silencio.

Max bajó de la furgoneta con un traje y una camisa limpios, impecables.

—Dije que volvería. Eso demostraré a todos que sé cumplir mi palabra.

—Tienes mucha suerte, amigo. Más de la que imaginas —le dijo Jake.

—Vosotros tampoco os podéis quejar... —dijo con doble intención. Luego, al ver un pequeño aparato de radio a transistores sobre la mesa arrinconada a la pared del garaje añadió—: Han encontrado a Crena... con tres agujeros en el cuerpo. Podíais haber sido cualquiera de vosotros.

Nadie contestó. Fue Jake quien murmuró:

—Vito quiere que vuelvas al club esta noche... Yo te acompañaré.

—¿Para qué?

—Para asegurarme que irás.

—¿Acaso no he vuelto?

—Te acompañaré de todos modos —insistió el otro.

Max se encogió de hombros.

Utilizaron el coche negro. Jake se sentó detrás y ordenó a Max que condujera.

Realizaron la mayor parte del trayecto en silencio, luego al tomar la ruta costera, cerca ya de Long Beach, Max llamó la atención a su acompañante sobre varios coches de policía que estaban detenidos frente a un establecimiento.

—¿No crees que sería mejor dar la vuelta? —preguntó.

—¡Es el club de Edda! —exclamó Jake.

—¿Edda?

—Una amiga.

Max recordaba que la noche anterior, Jake había nombrado a Edda que era la que había visto el automóvil de Crena.

—¿Y a qué se dedica?

—Tiene un club.

—No debe ser muy legal.

—¡Bah! ¿Y qué es lo legal? Edda no hace daño a nadie. No llama a la gente. Tiene chicas para el que quiere divertirse. ¿Es esto hacer daño?

Max viró por una calle estrecha antes de llegar donde estaban los coches de la policía.

—¿Qué haces?

—Dar un rodeo.

—Sí, claro. Es mejor. Tampoco podríamos hacer nada.

Max volvió a dar la vuelta para seguir por la calle que marchaba paralela a la ruta costera. Un coche de la policía bloqueaba aquella salida. Unos cuatro agentes corrían para evitar que un grupo de muchachas huyera por el callejón.

—¡Maldita policía! —Gruñó Jake.

Max había tenido que detenerse porque el coche de la policía le obstaculizaba el camino. Tocó la bocina.

El policía asomó:

—¡Cálmese, amigo!

—¿Qué pasa, agente?

Por toda respuesta, el conductor del vehículo maniobró para arrinconarse.

Dos muchachas, sujetas por otros tantos agentes, caminaban hacia el otro coche más grande, de los que la policía usaba para el traslado de presos.

Jake susurró:

—¡Es Edda! ¡La han detenido!

Aquí fue donde Max vio la oportunidad de hacer méritos.

Sin dudarle, arrancó con fuerza, enfilando por el callejón. Su brusca maniobra sorprendió a Jake que gritó:

—¿Te has vuelto loco? Vas a...

Sí. Se echaba materialmente encima de los policías y las muchachas que llevaban con ellos.

Ellas gritaron al tiempo que se soltaron para ponerse a salvo.

Max clavó el coche. Todo sucedió en fracciones de segundo, porque el agente abrió la puerta y gritó:

—¡Sube, Edda!

Rápida en reflejos, la muchacha no se lo hizo repetir. Se sentó junto a Max, cuando éste pisaba ya el acelerador.

Max salió por el otro extremo del callejón, enfilando de nuevo la ruta que bordeaba el Pacífico.

—¡Síganle! ¡Síganle! —gritó un sargento.

Se organizó la persecución, pero Max ya había virado a la izquierda y daba un rodeo tres manzanas más abajo, regresando al norte.

En el vehículo nadie decía nada, pero tanto la muchacha como Jake pudieron advertir la pericia y seguridad del conductor.

Tras tomar una calle en dirección prohibida, siguió por la otra transversal, hasta alcanzar de nuevo el Lakewood Boulevard en dirección sur.

Poco después Max se metió en un callejón y abandonó el coche.

—¡Vamos! Seguiremos en taxi.

—¡Eh! —espetó la muchacha—. Le felicito, amigo... ¿De quién fue la idea de salvarme de la policía?

—Jake me dijo que la conocía. A mí tampoco me gustan los uniformes... —sonrió Max—. A propósito. Me llamo Félix.

—Soy Edda... Ya debes saberlo. Eres muy simpático.

—Te has portado bien, chico. Sabes conducir —adujo Jake a su vez—. ¡Pero larguémonos antes de que nos alcancen! Claro que si dejas aquí tu coche. ¿Es tuyo o lo has robado?

—Es alquilado, pero puedo decir que me lo han robado. La policía ni siquiera ha tenido tiempo de fijarse en mí.

—Bueno... Tengo un pequeño refugio en Arcadia. La policía no lo conoce.

—Luego, encanto —sonrió Max—. Ahora te llevaré al Pacific.

—¡Eh! —protestó Jake.

—Usted no, amigo. Sólo yo. Soy socio y puedo llevar acompañantes.

Llamó a un taxi, y antes de que Jake pudiera unírseles, ellos dos ya habían subido y Max daba las señas del Pacific.

—¿Siempre tomas tus decisiones así? —preguntó ella ya camino del Pacific Club.

—Soy hombre de reflejos rápidos. Me gusta más tu compañía que la de Jake.

—¿No sois amigos?

—No lo sé. Nos conocimos ayer. Hay posibilidades de que hagamos negocios juntos... Por cierto, yo estaba con él cuando viste el coche de Crena.

—¿También conocías a Crena?

—Me la presentaron anoche... Supongo que conoces la noticia.

—Sí, una de las chicas lo oyó por la radio. No somos nada.

—¿Por qué supones que le matarían?

—¡Je! ¡Tiene gracia! Yo qué sé...

—¿De veras que no sabes nada?

—¿Qué es lo que tengo que saber?

—No sé, pero... Eres amiga de Jake, de Vito, de todos...

—Bueno... Yo advertí a Crena que no se metiera en líos, pero no quiso hacerme caso.

—¿Te refieres a... lo del dinero? —sondeó el agente.

—¿Eh...?

—Nena... no es necesario que finjas conmigo.

—Has corrido mucho riesgo librándome de la policía. ¿Pretendes cobrarte el favor?

—Yo nunca cobro favores a las mujeres, querida. Ni siquiera te he preguntado qué querían de ti los agentes.

—¡Bah! Algún chivato de algún puritano. Dicen que tengo menores de edad en mi local y que las chicas facilitan drogas a los clientes. ¡Embustes!

—Bueno... quizá no todo sean embustes, pero a mí eso no me importa...

—Pues a mí sí. Cuando descubran que todo está en orden las dejarán en paz, pero de momento ya me han fastidiado. Los clientes se asustan cuando la policía visita un local. No acuden. Nadie quiere ser sorprendido en un club como el mío. ¿Entiendes?

—A mí me gustan los clubs como el tuyo. Se pasa bien en ellos.

—Ven un día por ahí, cuando las aguas vuelvan a su cauce. ¡Y volverán! ¡Yo también tengo padrinos!

—A propósito, estábamos hablando de dinero... Tú debes saber de lo que se trata.

Con un gesto, ella indicó al taxista. Él sonrió y mandó parar el

vehículo. Pagó y se metieron en un bar.

—Esto no es el Pacific.

—No —repuso él—. Pero, en confianza, me gusta más. Vamos, tomaremos algo. Lo necesitamos, ¿no te parece?

El local era uno de esos sitios donde se puede bailar, casi a oscuras, y donde sólo se oyen susurros y jadeos.

Edda, sin ser muy comunicativa, contó algo de lo que Max quería saber, y sobre todo fue el inicio de una buena amistad.

Entre otras cosas, Edda comentó:

—Yo siempre dije que jugar con dos barajas es peligroso... Edgar quiso ir demasiado lejos... Tenía que suceder así.

Y Max pensó:

«Edgar Crena quiso ir demasiado lejos. Juega con dos barajas».

Era suficiente para pensar en la forma de descifrar aquel jeroglífico.

CAPÍTULO XV

Apenas Max cruzó la puerta del club, acompañado de Edda, Vito expresó su sorpresa.

No obstante, el portero supo reaccionar y tendiendo la mano al agente murmuró:

—Coja esto, son mil dólares. Juéguelos. Son auténticos.

—¡Oh! ¡Cuánta generosidad!

—No vuelva a utilizar moneda falsa. ¿De acuerdo?

—Y dirigiéndose a Edda preguntó con disimulo: —¿Qué haces con él?

—Es una larga historia, Vito. Han cerrado mi local. Iban a llevarme detenida y él lo impidió.

—Luego nos veremos —repuso Vito mirando a Max y dio por concluida la conversación.

Max avanzó con Edda del brazo con el desparpajo propio de quién es un veterano asiduo del club.

Encontró a Bradford, al que le presentó a la muchacha y éste a su vez le presentó a Spellman que aquella noche estaba presente.

Max cambió sus mil dólares buenos por fichas y siempre con Edda se dispuso a jugarlos.

Vio desfilar a Calvert, a otros en los que ya se había fijado la noche anterior y a uno a quién oyó como le llamaban «Señor Hamilton» y recordó que Laura lo había nombrado.

Max jugó con más prudencia que la noche anterior. No expuso a ningún pleno, prefería jugar números a caballo o combinaciones de seis y hasta incluso apostó a columnas, y tuvo suerte. En una hora vio aumentados sus mil dólares cinco veces.

—¿Sugieres algún número? —preguntó a Edda.

—No me gusta el juego. Es extraño, ¿verdad?

—No, nada de eso... —Fueron a cambiar las fichas y Max metióse el dinero en el bolsillo sin hacer ningún comentario. Luego

se metió en la *toilette* y repasó los billetes. Eran falsos. El club cambiaba las fichas con dólares falsos... Aquello empezó a abrirle los ojos.

Salió para reunirse nuevamente con Edda, la que enseguida lo informó:

—Vito dice que me lleves a mi casa de Arcadia. Él se reunirá con nosotros por la mañana, quiere hablar contigo y ahora no puede.

—Bien, la noche es joven. ¿Vamos a bailar?

—Sí, pero al ambigú... Me gusta más sentir la brisa del mar, y el olor a sal.

Bailaron durante una hora, bebieron, rieron y luego regresaron. Él conducía un automóvil que Vito le facilitó. Edda estaba sentada a su lado.

—No hay como tener dinero para vivir bien. ¿Eh?

—¿Conocía eso?

—De oídas solo, pero hoy ha sido la primera vez que he pisado el club. ¡Vaya choza! Cristal y mármol, sólo faltarían incrustaciones de oro.

—Con el dinero que ganan podrían ponerlas —repuso Max—. Creo que ya sé cómo funciona el negocio.

—¿De veras? Bueno, claro. Donde hay juego hay beneficios.

—Sí. Sobre todo pagando con moneda falsa.

—¿Cómo?

—Vamos, Edda. Lo sabes tan bien como yo... Tanto si se gana como si se pierde el que juega entrega dólares buenos a cambio de fichas y cuando devuelve éstas se las reembolsan con billetes de diez dólares... falsos.

—¿Te han dado dólares falsos a ti?

—Cinco mil. Ya he devuelto los mil a Vito, y supongo que también se habrá dado cuenta. Pero dime... ¿Por qué finges? Tú le sabes. Todos lo saben...

—Está bien. Veo que estás enterado. Sí. Dan moneda falsa. Vito y los otros lo comentaron alguna vez, por esto lo sé, pero lo extraño es que nadie se haya dado cuenta.

—Eso también tiene su explicación, Edda.

—Soy toda oídos.

—¿Quién viene a jugar en ese club? Millonarios, ¿no?

—Tú verás. ¡Con lo que piden de cuota de entrada... y las

mensualidades...!

—Pues bien... No creo que haya nadie tan ingenuo como para pensar que mucho de esos millonarios defraudan al fisco. El juego, cuando ganan, es el mejor modo de escamoteo. Todo lo que se gana no se ingresa en ninguna cuenta, sino en las arcas particulares de cada uno. De este modo el dinero falso que sale del club pasa largo tiempo dentro de cajas de caudales privadas. ¿Entiendes? Y seguirán pasando años y más años sin que ninguno de esos billetes vea la luz pública. Los que lo guardan creen tener una fortuna cuando en realidad sólo tienen papel crujiente... y nada más.

—¡Ingenioso! —admitió ella.

—Sí. Mucho, porque cada dólar que da el cliente es realmente un dólar de beneficio... Por eso hay cosas que no comprendo... Por ejemplo, lo de la fábrica de productos químicos de Spellman y Bradford. —Y Max no tuvo inconveniente en explicar a Edda que él había cometido el robo y seguidamente lo que sucedió después.

Edda escuchó en silencio, hasta que al fin llegaron a la pequeña villa que ella tenía en Arcadia, fuera ya del gran Los Ángeles.

En su coquetona casa, bebieron, pusieron música y bailaron.

A la mañana siguiente apareció Vito tal como había prometido. Algunas dudas de Max se disiparon.

—En efecto. Los billetes de diez dólares salen del Pacific Club. No me pregunte quién maneja el tinglado, porque lo ignoro. Yo me di cuenta hace ya tiempo de ese tinglado. Un día lo comenté con Crena y se nos ocurrió la idea.

—¿Qué idea? —preguntó Max.

—De participar en los beneficios —repuso Vito.

—Creo comprender... Crena, aprovechando su puesto en la fábrica de productos químicos, se apoderó de unos cuantos dólares para proceder al cambiazo.

—Sí. En efecto.

—¿De dónde cogió esos dólares?

—Del depósito... Y no me pregunte dónde está porque no se lo diré.

Max hizo un gesto ambiguo y el portero, continuó:

—Todo pareció fácil al principio, y hubiera seguido siéndolo de no ser por usted... Robó ese dinero y vino a jugárselo justamente en la... llamémosla «fábrica». Calvert se dio cuenta enseguida y

relacionó los hechos, un robo de cuatrocientos mil dólares, y a las veinticuatro horas se presenta alguien pagando con dinero de «la casa». Sólo una persona podía haber metido ese dinero en la caja de la fábrica.

—Crena —dijo Max.

—Exacto.

—¿Y cómo podía hacerlo?

—Llevaba el dinero falso la noche anterior y lo metía en el coche. Su propio coche que se había hecho arreglar con un departamento secreto bajo el asiento. Cuando salía del Banco con el dinero bueno sólo tenía que cambiar la cartera que llevaba, abriendo la puerta secreta. Ni el policía ni el chófer que iban en el auto podían verle, porque ellos iban en el asiento delantero. Los motoristas tampoco, desde el exterior, se fijaban...

—Pero tarde o temprano tenía que descubrirse esto...

—De acuerdo, pero entretanto... ya habríamos ganado un buen pico.

—Siento haberles fastidiado el negocio —sonrió Max—. Pero estoy dispuesto a reemplazar a Crena... en lo que pueda.

—Consiga el empleo de Crena. Puesto que es miembro del club, Bradford y Spellman ya le conocen...

—¿Y quién me dice que no son ellos los gerifaltes de todo esté tinglado? Si lo fueran sabrían que fui yo quien les birló el dinero. Al fin y al cabo, ellos son también miembros del club.

—El club no es de ellos, señor Manson. El club son unas paredes, un local, un negocio propiedad de tres o cuatro señores.

—Calvert, Hamilton, etc... ¿no es eso?

—Exactamente. Los demás son clientes...

—Lo sé, lo sé... pero eso no excluye la posibilidad de...

—Escuche, Manson, si quiere trabajar para nosotros tiene que ser comprometiéndose a pasar el dinero. Ya se lo facilitaré yo, usted lo cambia y tendrá su parte. ¿Qué me contesta?

—Me encantaría, pero olvida un detalle. Yo fui visto en la fábrica. Los guardas nocturnos podrían reconocerme... ¿Por qué no pasa el encargo a cualquiera de ese quinteto de melenudos que trabajan a sus órdenes?

—¿Con esas fachas? No... Su fuerte no es eso. Necesito a un hombre como usted...

—¿No hay más socios? —preguntó aún el agente.

—Éramos Crena y yo. Muerto él. Soy yo quien decido. Los demás colaboran tan solo. Son fieles.

—Eso parece.

—Les conviene. Además de dinero, yo puedo facilitarles muchas cosas... que saco del club, por supuesto.

—Me lo imagino. LSD y cualquier clase de «hierba». ¿No...?

Vito sonrió por toda respuesta.

—Búsquese trabajo en otro sitio, si teme que en Spellman & Bradford puedan descubrirle.

—No es mala idea... Pero dígame, Vito, una última pregunta... ¿Por qué mataron a Crena...? ¿Quién lo hizo?

—En una organización como en la de la fabricación de moneda falsa, no pueden haber penas intermedias. Crena era un peligro y fue eliminado. En cuanto a quién lo hizo... no lo sé. ¡Ni me importa! Ellos. Fueron ellos. La organización.

Max pensó que la Organización parecía ser el club, o sea Carvert, Hamilton, etc. Entonces... ¿bastaba detenerles para terminar el asunto?

Claro que si podía ver el depósito o almacén de los billetes, y las prensas, las planchas, la tinta, todos los ingredientes... Pero ¿dónde estaba esto? ¿En el club?

Tendría que averiguarlo. Procuró disimular sus pensamientos ante Edda a quien sonrió murmurando:

—No sé en qué acabará esto. Si en el club saben que soy un ladrón, no creo que les haga la menor gracia tenerme como socio. Es como tener a un competidor en casa.

—Ellos no pueden denunciarte. En primer lugar, no tratan con la policía. Sería un desprestigio, y en segundo lugar porque no les conviene.

—¡Estás muy bien enterada!

—Repito lo que Vito ha dicho tantas veces. Edgar Crena también lo decía. Pero él ha probado ya sus métodos. Es en lo único que hay que tener cuidado. Si quieres oír un consejo, déjalo, Félix. No podrás luchar contra ellos, son poderosos.

Max se despidió con una sonrisa. Sabía ya lo que tenía que hacer.

CAPÍTULO XVI

Primero fue una llamada telefónica directa a Woods.

—Soy Max. Eliminemos estorbos. Puede empezar con el quinteto. Ya no interesan. Deténgalos con la máxima discreción. Jake, Gargan, Chuck y los otros dos.

Mientras Woods se ponía en contacto con la policía, Max tenía algo mejor que hacer. Registrar bien el club.

Acudió a media mañana con pantalón y niky blancos, immaculados, una gorrita que hacía perfecto conjunto y el aire de estúpido hijo de papá con ganas de matar el tiempo. Tomó una embarcación y fingió querer dar un paseo.

Lo que hizo fue dar un rodeo y dar la vuelta a los acantilados, por allí regresó al club utilizando una de las entradas de servicio, sin que nadie le viera.

Utilizando los corredores y dependencias estrictamente privadas dio con el gran despacho y especie de sala de consejos y biblioteca. No había nadie. Cerró bien la puerta y efectuó un repaso general.

Entretanto la policía procedía a la redada en el pequeño garaje.

Con gran despliegue de fuerzas el pequeño edificio fue rodeado, pero los cinco hombres no estaban. Faltaba uno, el Camisa negra.

A los demás les fue totalmente imposible oponer resistencia. Los agentes policiales les detuvieron sin contemplaciones. Jake se cruzó con los coches oficiales que se llevaban a sus compañeros presos.

El garaje quedó vigilado y Jake pasó de largo, mientras conducía la furgoneta pensativamente:

«Esto sólo puede ser un chivatazo. Nadie conocía este escondrijo. ¡Nadie!».

Max, en la biblioteca-despacho y sala de juntas, había descubierto un resorte entre los libros que movía unos paneles, dejando al descubierto una cavidad. Era una entrada secreta que descendía hacia el sótano del edificio.

Mientras bajaba la escalera, Laura, llamada de la Central de Homicidios, acudía para identificar al asesino de Adams.

Se preparó una rueda y ella pudo señalar a Chuck.

—Éste es el que me siguió. Pero falta el de la camisa negra. Él fue quien mató a Adams.

—Nos falta uno. —Le dijeron—, y a continuación los detenidos pasaron de nuevo a los diferentes despachos donde fueron interrogados uno a uno sobre sus diferentes actividades. Todos solicitaron la presencia de un abogado.

Woods llegó también a la Central para aclarar algunos puntos con el encargado del caso.

—No nombren para nada el asunto del dinero, hasta que obtenga alguna nueva información —dijo el inspector del Tesoro.

Tras el acuerdo, Woods salió y al hacerlo se cruzó con Laura.

—Hola, inspector. Me han llamado para una identificación.

—¡Ah, sí! ¿Todo bien?

Conversaban en una de las antesalas, o paso para los diferentes despachos. Chuck salía en aquellos instantes. Alguien le decía:

—Vamos, entren ahí. Vamos a tomarle las huellas.

Laura, en el mismo momento, preguntó por Max.

—¿Sabe algo de él?

—No, desde que llamó dándome las señas de la guarida de esos tipos.

Chuck tuvo tiempo de escuchar. El asunto todavía no estaba muy claro, pero sin querer Laura terminó de abrirle los ojos.

—Tengo ganas de que todo haya terminado. Si descubren que es un agente del Tesoro le matarán...

—No les daremos tiempo. Seguirá siendo Félix Manson, pero sólo hasta esta noche.

Mentalmente Chuck pensó:

«Hijo de perra».

Max había bajado hasta el fondo de la escalera y se encontraba en un amplio y húmedo sótano a modo de bodega. Lo cual era lógico en un club de la categoría del Pacific, pero lo más chocante era la puerta secreta de la biblioteca.

Deambulando y buscando descubrió otra entrada, posiblemente arrancaba desde la cocina.

—Lo de la biblioteca puede servir de salida de emergencia, de

escondrijo —se dijo para sí, pero no se resignaba a dejar aquello sin cerciorarse bien de que no existiera algún otro escondrijo.

Tuvo que desistir. Aquello parecía una bodega y nada más que una bodega.

Salió por el mismo sitio donde había entrado y luego volvió al mar.

Eran las nueve de la noche cuando el agente bajó del nuevo coche que había alquilado en otra compañía para entrar en el club.

—Un momento —pidió Vito—. Hay alguien que quiere hablarle. Le espera en los jardines del ambigú. Dice que es urgente.

—Gracias, Vito. Ignoro quién puede ser, pero iré a verle —repuso Max con toda naturalidad.

El que esperaba era Jake, y no en el ambigú, sino al lado mismo del edificio. Cuando Max pasara no tendría más que clavarle el cuchillo allí mismo o encañonarle y llevárselo lejos para matarle igualmente.

Pero Max apenas dio un par de pasos fuera del local, advirtió la sombra de su agresor, gracias a la proyección de la lima.

El agente actuó deprisa. Salió rápido y evitó la acometida de su antagonista al que logró retorcerle el brazo armado con la navaja hasta reducirle totalmente. Complementó la rápida defensa con dos golpes precisos que dejaron a Jake fuera de combate.

La seguridad del agente, por un momento se perdió.

—¡Mal nacido! —Gruñó golpeándole de nuevo cuando el otro estaba insensible—. Tú mataste a mi amigo. Hijo de perra.

Le arrastró por el breve jardín entre las sombras y luego cargó con él para llevarlo hasta el coche.

Los setos actuaron de pantalla a fin de que Vito no pudiera verle.

Lo metió en el coche tumbado en el apartamento de atrás y lo sujetó con una cuerda de nylon que sacó de la guantera. Se aseguró bien de que en el caso improbable de que recobrara el conocimiento no pudiera moverse ni gritar.

Tras lo cual regresó al club ante la mirada un tanto sorprendida de Vito a quien se limitó a decir:

—No había nadie. Seguramente no me buscaban a mí. —Luego pasó a la cabina telefónica privada y llamó a Woods.

—Es el asesino de Adams. Recójalo —dejó las señas de su

automóvil y añadió—: Procuren devolver el coche.

Woods tenía algo que decirle.

—¿Sabes algo de una tal Edda Winter? Tiene un apartamento en Arcadia.

—Sí. La saqué de un apuro con la policía para congraciarme con ellos. ¿Qué hay con ella? —inquirió el agente.

—Tiene amistad con Spellman. Se sabe que va a visitarla con alguna frecuencia. Parece que el apartamento se lo compró él.

—Hum. Muy interesante. Gracias, Woods. Este detalle puede ser muy importante.

Colgó y salió de la cabina para dirigirse al despacho de Calvert.

Dos empleados. —Guardaesaldas—, del presidente le cortaron el paso.

—En estos momentos el señor Calvert está ocupado.

—Es importante —repuso el agente—. Además, para Calvert lo más importante deben ser los miembros del club. De ellos vive. Así que avísenle.

No hubo forma pacífica de conseguirlo. Max se dijo que aquellos tipos debían tener instrucciones concretas respecto a él y decidió entrar de todos modos.

Al avanzar, uno de ellos le sujetó. Max se le quedó mirando. El otro, con una sonrisa que quería ser cortés, insistió:

—Yo que usted no haría esto.

—Estoy esperando a que me suelte.

El otro se aproximó amenazador. Max ya no se anduvo con contemplaciones. Tiró bruscamente del que le sujetaba y al mismo tiempo hizo un quiebro inverosímil pasando al ataque.

Machacó el hígado del que tenía más cerca y al segundo golpe con las manos unidas mandándolo contra el tabique por el que se deslizó hasta caer al suelo inconsciente. El otro, todavía no repuesto de los golpes en el hígado, encorvado por el dolor, fue enderezado por un tremendo directo que le mandó a hacer compañía a su amigo.

Ya sin obstáculos, penetró en el despacho.

Calvert no estaba solo. Hamilton se hallaba con él, y ambos se mostraron sorprendidos, aunque inmediatamente supieron reaccionar.

—No es una forma muy correcta... —empezó Calvert.

Por toda respuesta, Max tiró sobre la mesa un fajo de billetes de diez dólares.

Hamilton y Calvert cambiaron una mirada entre sí.

—Mis ganancias de ayer. Ese dinero es falso.

Hubo un silencio.

—¡Vamos, amigos! Supongo que querrán que informe de ello a la Tesorería, ¿verdad? Quiero dinero auténtico... y una explicación. ¿Qué clase de club es éste?

CAPÍTULO XVII

La bodega, que ya había inspeccionado anteriormente, tenía una entrada secreta moviendo uno de los estantes.

Le metieron en la única estancia. Se trataba de una especie de despacho secreto de regulares dimensiones. Una mesa, sillas y la pared encalada, que mal disimulaba la humedad.

Max observó la puerta blindada que estaba al fondo.

Calvert abrió aquella puerta descorriendo el cerrojo y Max percibió la brisa marina que llegaba del fondo.

—El edificio está construido sobre un antiguo depósito construido en los tiempos de la Ley Seca. Descargaban el licor que transportaban en lanchas desde los puertos cercanos. Ahora también tiene su utilidad...

Calvert miró a los dos guardaespaldas y ambos accionaron con sus respectivas armas provistas de silenciador.

—Supongamos que decido librarme de usted —siguió Calvert—. Un viaje por ese túnel y al final esperaría una lancha que le conduciría a su última morada... con los peces.

—Creí que preferirían la playa de Vista del Mar —repuso el agente con marcada intención.

Sus palabras causaron el efecto deseado y Calvert y Hamilton cambiaron una rápida y significativa mirada.

—No, no, amigos. No trabajaba con Crena. Solamente me atribuyó el atraco a la fábrica de productos químicos, pero yo no sabía que aquel dinero era robado. Van comprendiendo...

—¿Tiene algo más que decirnos? —preguntó Hamilton.

—Pues sí... Ya que este dinero me ha dado ya demasiados quebraderos de cabeza, estoy dispuesto a reembolsármelo. Sé que sale de aquí. Bueno...

—Va usted muy a prisa, señor Manson —sonrió Calvert—. Lo sentimos, pero nuestra organización está completa.

La puerta del túnel seguía abierta y Calvert la sostenía con sus manos.

Se produjo un silencio. Max se dijo a sí mismo que se encontraba en una situación peligrosísima, mucho más que cuando estuvo en manos del ya desarticulado quinteto.

—Bueno. Suelo ser muy discreto —sonrió.

—Sabe poco de nosotros, señor Manson. Muy poco, pero lo suficiente para que pueda crearnos problemas.

—Escuche, Calvert, escuche. Quizá sepa poco, pero el resto lo suplo con la imaginación. Veamos si me equivoco... Ustedes confiaban en Crena, pero Crena les robaba el dinero para sustituirlo por el de la nómina de la Spellman y Bradford. Por eso se libraron de él. Pero Spellman y Bradford no están tan ajenos a esos manejos, ¿verdad?

Tras un silencio, prosiguió:

—Porque recuerdo que anteanoche... posiblemente cuando usted descubrió que mi dinero no era de curso legal, el señor Bradford tuvo mucho interés en hablar conmigo. Usted me lo presentó, ¿recuerda?

—Muy imaginativo, sí señor —sonrió Calvert y cambiando de expresión se dirigió a los guardaespaldas—. ¡Es vuestro!

Se separó de la puerta. Max comprendió que ya no tendría ninguna otra oportunidad de negociar con aquellos sujetos y reaccionó vivamente.

Sujetó primero con fuerza a Calvert y le obligó a escudarle. Seguidamente, y ante la sorpresa de los guardaespaldas, lo echó contra ellos, huyendo a continuación a través del túnel.

Ganó unos segundos.

—¡Disparen! —Oyó cómo gritaba Calvert.

Max se pegó al suelo y revolviéndose de forma inverosímil disparó a su vez con la pistola que había sacado de la funda de su sobaquera.

Sus proyectiles rebotaron en el quicio de la puerta metálica, resonando en el túnel.

Los guardaespaldas tuvieron que replegarse, gritando uno de ellos:

—¡Va armado!

Pensaban tenerle tan seguro que ni siquiera habían tomado la

precaución de cachearlo.

Max, con nueva ventaja, corrió otro trecho y volvió a disparar impidiendo que sus enemigos se le anticiparan.

Tras unos diez metros de recorrido, llegó al fondo.

Simultáneamente, Laura, intranquila por Max, pensó que no estaría de más darse una vuelta por el club. Pensó que, al fin y al cabo, allí nadie podía recelar de ella.

Vito sólo podía conocerla como acompañante de Crena y cuando ella se presentó preguntando por Edgard Crena, el portero murmuró:

—¿No oye usted las noticias, señorita? El señor Crena sufrió un accidente.

—¡Oh! No lo sabía —fingió Laura—. Bien... Si me permite, hablaré con el señor Bradford.

—El señor Bradford no está.

—¿Y el señor... no recuerdo su nombre... me lo presentaron hace un par de días...? ¡Ah, sí! Manson...

—Bueno, el señor Manson sí estaba aquí. Tratándose de una amiga... pase usted.

CAPÍTULO XVIII

Con las ropas todavía húmedas, pese al aire que durante el largo trayecto hasta Arcadia le había venido de frente, Max llegó frente a la casa de Edda.

Iba a entrar, cuando alguien apareció en la puerta y retrocedió para esconderse.

No se sorprendió demasiado al ver a Spellman que abandonaba la casa.

Pensó que las aguas no iban por buen cauce en razón de las agrias palabras de despedida que entre Spellman y la muchacha se cruzaron.

—No esperaba eso de ti, Edda, pero ya hablaremos en otro momento —decía él.

—En mi casa tengo derecho a recibir a quien quiero —repuso ella violentamente.

—Eso ya lo discutiremos —repuso el hombre y rápidamente se metió en su coche y desapareció.

Ella había cerrado la puerta cuando Max llamó al timbre.

—¿Llego en mal momento? —sonrió.

—¡Oh! ¿Eres tú? ¿Dónde diablos te has metido? Vienes hecho una sopa.

—¿Qué le pasaba a ése? Era Spellman, ¿no?

—¿Le conoces?

—Su foto viene a veces en los periódicos. Soy buen fisonomista.

—Bueno... cosas que no tienen importancia.

—Estaba muy enfadado.

—Es un estúpido. Porque me regaló esta casa quiere controlar a todos los que entran y salen...

—¡Oh! Eso no está nada bien... Creí que el motivo del enfado era por otra cosa.

—¡Pues no! —repuso ella—. Se presentó de improviso. A veces

suele llamar, pero hoy no lo ha hecho.

—Y tú no estabas sola.

—¡Claro que estaba sola! Pero vio esto y... —indicó una colilla de un cigarro habano.

—¡Oh!

—¡Que se vaya al diablo! —repuso ella—. Pero ¿y tú? ¿A qué has venido? ¿Qué te ha ocurrido?

Max explicó sus peripecias, mientras ella preparaba café en la cocina.

—Puedes seguir hablando —dijo—. Te oigo perfectamente. Y quítate esa ropa. Procuraré hacerla secar.

Lo que Max no podía ver desde el *living*, era el fondo del armario del office que iba desde el suelo hasta dos metros de altura. En aquellos momentos se estaba abriendo, mostrando su segunda función de puerta secreta. Allí arrancaba una escalera hacia el sótano. Por la escalera subía alguien, armado con un revólver.

* * *

Tan sólo unos momentos antes, Laura, en el pequeño salón con luz tenue, había quedado sola. Hamilton se excusó por unos momentos. Ella empezaba a impacientarse y aprovechó para llamar por teléfono.

—Woods. Soy Laura.

El hombre puso el grito en el cielo cuando supo que la muchacha había ido al club.

—Tenía que hacerlo. Max estaba solo en esto.

—¿Dónde está Max? —inquirió el inspector.

—No lo sé. Llevo casi una hora aquí. Hamilton trata de entretenerme, pero yo no le he visto... Todo esto es muy extraño.

—Bueno, sal de ahí. Yo también espero noticias de Max. Ya debería haberse puesto en contacto conmigo. Sólo le di veinticuatro horas.

Colgó.

Colgó ignorando que su conversación había sido perfectamente interferida por Calvert. Hamilton estaba con él.

—Esperaba algo de eso. No se moleste, si no me sorprende. —Miró a Edda y añadió—: ¿Y tú, preciosa... con cuántas barajas juegas?

—Con las que me convienen...

—Mucho lamentar la muerte de Crena, pero en el fondo estás del lado de los fuertes.

Bradford cortó todo el diálogo.

—Basta, amigo. Ahora me dirá cuál es su verdadero nombre y quién es en realidad.

—¿Es que no lo sabe? —inquirió Max.

—Acabo de recibir una llamada del Pacific Club. Una señorita amiga de Crena, preguntó también por usted... Se llama Laura. ¿Tiene algo que ver con ella?

Max hizo un esfuerzo para no delatar sus angustiados pensamientos.

—Tómese el tiempo que quiera, amigo... No hay prisa —sonrió Bradford.

* * *

—¿Para qué? ¿No piensan matarme? De cualquier modo, estoy en sus manos. Hablaré, pero déjenla libre a ella.

—¿Nos toma por idiotas?

—Escuche, Bradford. Mis superiores ya saben que esta casa la compró Spellman, para Edda. No tardarán en venir, si no reciben mis noticias pronto.

—Está bien, llámeles desde aquí. Dígales que está con Edda y que no ha descubierto nada. ¡Vamos! Y cuidado con decir una palabra de más. —Y con un ademán indicó a los guardaespaldas algo que ellos captaron perfectamente. Obligaron a Laura a sentarse y ambos la apuntaron muy de cerca.

—Ella morirá, si comete un solo error —murmuró Bradford.

Le tenían cogido. Tomó el teléfono y comenzó a marcar un número. La voz de Woods sonó al otro lado. Bradford tomó un auricular supletorio y escuchó.

—¿Dónde diablos te habías metido, Max? ¿De dónde llamas?

—Tranquilo, jefe, todo va bien. Estoy en casa de Edda.

—¿Has descubierto algo nuevo?

—En absoluto. Creo que seguimos una pista falsa.

—Entonces déjalo todo y regresa. Vamos a intervenir directamente.

—Si piensa en el club, olvídalo. Confieso que me he equivocado. Y antes de que Woods pudiera replicar, el agente añadió:

—¡Ah! Mi tiempo ha concluido. Han terminado las veinticuatro

horas. Me desentendiendo de todo. Adiós, Woods.

Colgó.

Woods colgó también y cambió una mirada con un subordinado al que dijo:

—Algo le ocurre a Max. Ésta no es su forma de expresarse... Y creo que lo ha hecho por algún motivo. Demasiadas facilidades, confiesa su error, y dice que «han concluido sus veinticuatro horas». Eso quiere decir que... debemos actuar. ¡Vamos! ¡Tenemos que movernos!

Y en casa de Edda todo seguía igual. Todo, excepto la llamada a la puerta que inquietó a los hombres.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Bradford a Edda.

Ella negó.

—¡Vamos, a la cocina! ¡Tú, ve a abrir y despacha pronto!

Desde la cocina, con Laura y Max amenazados por tres revólveres, pudieron oír la voz del visitante. Era Spellman.

—Lo siento... Creo que antes he sido un poco brusco contigo, pequeña. Lo he estado pensando.

Ella le contestó desde la puerta sin dejarle pasar.

—¡Oh! No tenías que volver para decirme esto. Por teléfono...

—Déjame pasar, por favor...

—Es que es muy tarde.

—Sólo un momento. Un momento tan solo. Te lo prometo.

En la cocina Bradford ordenó:

—¡Al sótano! ¡Deprisa!

Entonces Max pudo ver cómo se abría la puerta secreta, pulsando un resorte. Fue obligado junto a Laura a seguir escalera abajo. Una pequeña lámpara iluminaba la lúgubre estancia.

—Un bonito refugio... —murmuró Max—. ¿Por qué no salió a salvar a su socio, Bradford?

—Esto no es de su incumbencia.

—Sí. ¡Claro! —Max ató cabos y soltó lo que pensaba—. Comprendo... Spellman paga la casa a Edda, y ella la compra con su asesoramiento... Usted sabe que la casa tiene una bodega... ¿Es aquí dónde fabrican la moneda, Bradford?

Por toda respuesta Bradford acudió a dar otra luz. Al fondo estaba todo lo que tanto había deseado encontrar, el taller de falsificación, y montones de dinero almacenado, las planchas, la

tinta, todos los objetos necesarios, sin olvidar el papel y la prensa.

—¿Satisfecho? —sonrió Bradford.

—Spellman no sabe nada de esto. ¿No es así?

—Exacto... Pero si alguna se descubre, le buscarán a él. No a mí sonrió Bradford.

—Magnífica jugada...

—Crena descubrió una vez esto y quiso sacar provecho. Fue un error.

—Que Edda trató de subsanar. ¿No es así? —inquirió Max aproximándose al ala donde estaba el taller.

Tenía el cuadro de luces cerca, sonrió y se volvió pacientemente.

—A ustedes les basta con el club para pasar la moneda. Pero siempre surgen entrometidos.

—Exacto. Y usted es uno de ellos. Y la señorita...

—¿Usted es el jefe?

—Modestamente... Se me ocurrió la idea. Pero mi nombre no figura como propietario del club.

—¿No le basta con el dinero de la fábrica? —preguntó Max.

—El dinero nunca estorba. Además, Spellman es quien tiene el dinero. Yo recojo las migajas. Sé más que él de todo, pero soy el segundo de a bordo, y no me gusta ser el segundo. Algún día tendré tanto dinero como él y entonces podré chillar y decirle quién es realmente el que lleva los asuntos en la fábrica. ¡Quién el que la ha hecho prosperar!

Max observó la exaltación de aquel hombre. No era nueva en un sujeto de su estilo. Aquel auto ensalzamiento era una forma de paranoia. El enfermo, en tales momentos cumbres, siente la necesidad de vanagloriarse de su ingenio.

Max dejó que continuara.

La conversación fue interrumpida por Edda desde lo alto de la escalera.

—Se ha ido —dijo simplemente refiriéndose a Spellman.

Bradford se volvió. Max aprovechó la ocasión para jugarlo todo a una carta. Tenía a Edda al lado. Alargó la mano a los conmutadores y dejó la habitación a oscuras.

—¡Al suelo! —gritó al mismo tiempo.

Los estampidos de las balas quedaron ahogados por los silenciadores, pero los fogonazos buscaban el cuerpo de Max y el de

Edda como mudos cohetes. Max pudo orientarse y así saltar sobre uno de sus agresores al que con una certera llave quedó fuera de combate, en tanto se apoderaba de su revólver.

Fuera sonaban las sirenas de la policía de Arcadia, alertada desde Los Ángeles.

Max escuchó el gemido de alguien que había sido alcanzado por una de sus balas. La trayectoria de otra le indicó la posición de quien había disparado.

Sus manos alcanzaron un taburete y tomándolo lo arrojó contra el enemigo.

El improvisado proyectil dio en el blanco. Se escuchó el golpe seco, una sorda exclamación y la caída, de un cuerpo en el suelo.

Quedaba un solo atacante. Era Bradford que se adelantó con su voz.

—¡Las luces, Edda! ¡Enciéndelas por arriba...!

Max saltó sin vacilar sobre el hombre. Lucharon cuerpo a cuerpo.

De pronto la luz se encendió. La policía estaba al pie de la escalera.

El balance de la lucha era un muerto. —El guardaespaldas—. Otro guardaespaldas inconsciente y Bradford acorralado.

Edda, ya estaba en poder de los agentes.

EPÍLOGO

—Once personas en total —explicó Max a Laura días después.

—¿Sólo?

—¿Para qué más? Lo tenían bien montado. Aparte de Bradford como jefe y de Calvert y Hamilton como cabezas visibles, en el club había otros tres componentes que no daban la cara. Son de éstos a los que se les llama gente influyente. Posiblemente sus nombres no se den a conocer, pero pagarán como los demás. El estado no admite competencia en la fabricación del dinero.

Y siguió:

—Los otros cinco eran los técnicos. Utilizaban papel robado a la fábrica de moneda y unas planchas casi perfectas, por eso muy pocos habían advertido la falsificación, y menos esos millonarios que sólo se preocupaban de guardar el dinero en sus arcas... y no pagar impuestos.

—¿De qué les ha servido ganar tanto dinero? —sonrió ella.

—Ya ves... Les gustaba el club porque generalmente la gente se sentía favorecida por la suerte...

—¿Y ese dinero que tienen guardado? ¿Tendrán que destruirlo?

—Tenemos ya la lista de los socios. Se hará todo muy discretamente... Pero todos esos billetes falsos tienen que desaparecer. ¡Sólo le faltaría eso al pobre dólar! Ya tiene bastantes problemas siendo de curso legal...

Y la pareja continuó paseando por el Sunsent Boulevard, tantas veces pisado por los monstruos sagrados de la capital de los sueños y las quimeras: Hollywood.

—¿Tienes algo nuevo en perspectiva? —preguntó ella.

—Claro, pero mañana. Esta tarde es para los dos.

—Mira. Podíamos ir a ese cine... —sugirió ella.

—¿Qué película hacen? —Y Max levantó la mirada hacia el luminoso que ya empezaba a guisar.

—¡Oh! —exclamó.

Pero entraron.

El título de la película era:

Los falsificadores.

FIN

SORTEO DEL MILLON

PISO Y COCHE O UN MILLON

SOLO PARA ESPAÑA ¡UN MAGNIFICO PI-
SO Y UN MODERNO
COCHE PUEDEN SER SUYOS!
O SI LO PREFIERE

¡¡ UN MILLON DE PESETAS!!

Basta con que resida en España y nos envíe el
cupón que, junto con las instrucciones y bases
para tomar parte en este sensacional sorteo,
hallará en las últimas páginas de todas las
novelas que Editorial Bru-
guera, S. A. publica en sus
populares colecciones fe-
meninas y de aventuras.

**BUSQUE EN LA CUBIERTA
ESTE DISTINTIVO:**

Adquiera su novela, disfrute
de unas horas de grata lec-
tura, envíe el cupón ... y



¡¡BUENA SUERTE, AMIGO!!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.



NOTAS

[1] Centro de la ciudad. < <

[2] Puerto artificial para embarcaciones de recreo, con personal especializado para su cuidado. < <

[3] Vista del Mar, al oeste del distrito de El Segundo, lindante con el Aeropuerto Internacional de la ciudad de Los Ángeles que como en el resto del Estado de California siguen vigentes infinidad de nombres de origen español. < <